

BOLSILIBROS
BRUGUERA
**CIENCIA
FICCION**
SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

HISTORIA DE UNA BOMBA SOLAR

glenn parrish

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS
BRUGUERA
**CIENCIA
FICCION**
SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

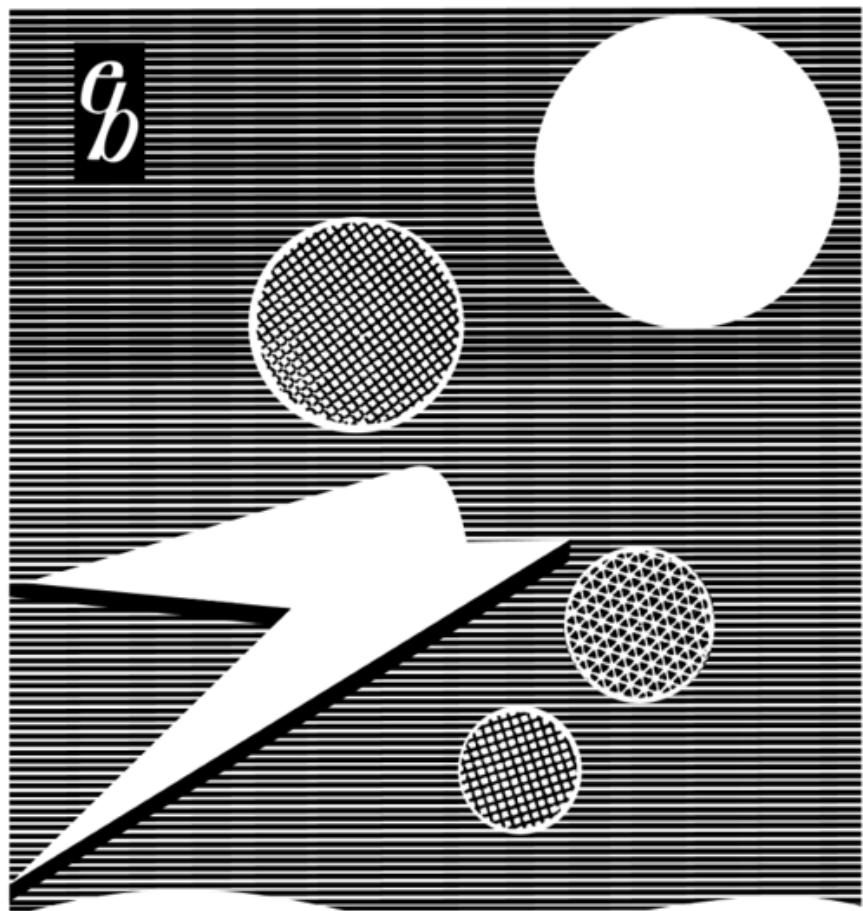
HISTORIA DE UNA BOMBA SOLAR

glenn parrish

CIENCIA FICCION



eb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA
COLECCION

212 — *Hombres de goma*, Adam Surray

213 — *Proscritos de la galaxia*, Clark Carrados

214 — *Vinieron del universo*, Burton Hare

215 — *"Algo" se nutre de sangre*, Curtis Garland

216 — *El gran robo sideral*, Ralph Barby

GLENN PARRISH

HISTORIA DE
UNA
BOMBA SOLAR

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO
n.º 217

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 35.058 – 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: octubre, 1974

© **Glenn Parrish - 1974**

texto

© **Salvador Fabá - 1974**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple

coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPITULO PRIMERO

La taberna tenía un nombre singular: El Trago de la Aventura, y estaba situada en un barrio discreto, habitado por gente corriente. No se veían muchos hampones ni busconas por aquella zona, pero tampoco solían ir por allí la gente de las zonas de lujo.

El Trago de la Aventura era un local pequeño, discreto, siempre muy limpio y, la verdad, no demasiado abundante en variedad de bebidas, aunque se podían encontrar media docena de vinos de buena marca y los inevitables brandy, ginebra y whisky, de excelente calidad, por supuesto.

La taberna estaba regida por un hombrecillo simpático y amable, aunque no por ello demasiado locuaz. Vestía pulcramente y solía mirar a sus clientes por encima de las medias antiparras que se apoyaban en el caballete de una nariz no en exceso ganchuda. Pedro Lial era medio calvo, de cráneo piriforme, unos cuarenta y cinco años de edad y no se le conocían esposa, hijos ni mucho menos devaneos de índole pasional.

Pero, además, El Trago de la Aventura tenía algo que no tenían las demás tabernas: una especie de quiosco o estantería, con abundancia de tebeos «comics», historietas de aventuras y cosas por el estilo. Los dibujantes y guionistas eran magníficos y así lo reconocían cuantos habían adquirido un ejemplar de una de aquellas revistas.

Muchos no se interesaban siquiera por aquel tipo de lectura. Había otros, despistados, que pedían determinado género de «literatura». A éstos, con buenas pero corteses palabras, Pedro los enviaba al diablo.

—Lo mío es la aventura —decía—. No la basura.

Ninguno de los clientes se había ido jamás descontento de las bebidas que servía Lial, ni mucho menos, y si a ello era aficionado, de la lectura de alguna de las historietas. A pesar de todo, la clientela no era tan abundante como hubiera podido parecer a primera vista.

Cierto día entró una pareja, de indumentaria muy elegante, ella sobre todo. Debían de estar en magnífica posición económica. La joven llevaba en torno al cuello una triple hilera de perlas que debían valer una fortuna. El vestía más discretamente, pero se advertía que era un tipo de clase.

Pero también se veía que era un poco débil y blando con su caprichosa acompañante. La chica se quejaba de dolor de cabeza.

—Bueno, aquí te darán un vaso de agua y una aspirina —dijo el joven, llamado Irving.

—No faltaría más, caballero —sonrió Pedro—. Tengo algo que curará radicalmente el dolor de cabeza de la señorita.

—Es lo que estoy necesitando —se quejó la chica, Anita de nombre. Había fastidio en su voz y hasta una nota de desprecio hacia su acompañante—. Lo que hiciste el otro día no me gustó, Irv.

—Hice lo que debía hacer, exactamente —contestó él con voz firme—. Y si no te gustan mis métodos, ya sabes, puedes llamar a Ferdinando de Liri. Es noble y tiene el pelo engominado y curvará el espinazo cada vez que tú muevas el meñique.

—Irv, por favor —exclamó ella—. Ferdinando es todo un caballero.

Irving soltó una risita.

—Me lo contó el sargento Paceley —dijo—. Es buen amigo mío. Dijo que el ladrón que os quiso asaltar no había visto correr a nadie tanto como al barón de Liri. Tenía un «Porsche 7.500» al lado, el suyo, precisamente, pero llegó a su casa veinte minutos antes que lo habría hecho con el automóvil con gas a fondo.

—Su medicina, señorita —dijo Pedro en aquel momento—. El caballero, ¿quiere beber algo?

—Sí, póngame un doble de algo muy fuerte y añádale pólvora y sulfúrico —rezongó Irving.

Pedro soltó una risita. Colocó la copa delante del joven y éste despachó su contenido de un trago.

Anita continuaba junto a la barra. De pronto, Irving se sintió atraído por las revistas que había en la estantería.

Dio unos pasos en sentido lateral y tomó una de las revistas, que hojeó distraídamente. Anita, que ya se sentía un poco mejor, contempló las viñetas ilustradas por encima del hombro de su acompañante.

Era una historia fantástica, que acaecía en un planeta remoto. Veíase a una hermosa joven, escasamente vestida, con el hombro

izquierdo al descubierto, a causa de un rasgón en la ropa, caída en el suelo, contemplando con ojos de horror a la bestia descomunal que se disponía a devorarla.

Era un animal espantoso, de dos cuellos larguísimos, con cabezas armadas de dientes como sables, ocho garras y una pesada cola, capaz de aplastar a un caballo con sólo un ligero golpe. Los árboles y las plantas de aquella selva eran enormes, fantásticos, de formas desconocidas en la Tierra, pero magníficamente dibujados por un artista cuya firma no figuraba en la revista.

De repente, Anita lanzó un espantoso alarido.

La fiera se acercaba a ella, husmeando el aire, moviendo alternativamente sus dos enormes bocazas. Ella, paralizada por el horror, no se atrevía a moverse del lugar en que había caído, al tropezar su pie derecho con una raíz que sobresalía del suelo.

—Estoy perdida —dijo.

Y, de súbito, oyó una voz conocida:

—¡Valor, Anita!

Un hombre se descolgó ágilmente de un árbol. Llevaba a la espalda media docena de recios venablos y de su cintura pendía una espada de ancha hoja.

Anita, con ojos desorbitados, reconoció a Irving, vestido con unos trozos de piel moteada y el pelo largo y suelto, casi como un salvaje. Pero su apostura física era inmejorable.

Los seis venablos partieron con increíble rapidez hacia el pecho de la fiera, que bramó doblemente, con estruendosos trompeteos. Luego, Irving, con enorme agilidad, dio un rodeo, saltó al lomo de la bestia y, agarrándose a una de las excrecencias córneas del lomo con una mano, empezó a mover la espada con la otra.

Anita contempló la escena con ojos maravillados. La fuerza de Irving era descomunal. En pocos segundos, las dos cabezas de la fiera rodaron por el suelo. Su corpachón se aplastó, mientras los cuellos amputados vertían torrentes de roja sangre.

Irving saltó al suelo. Limpió la espada en unas hojas de un matorral, la colgó nuevamente del cinto y se acercó a la joven.

—Estás salvada, Anita —dijo, a la vez que se inclinaba para tomarla en brazos.

Ella se colgó de su cuello.

—Amor mío, mi salvador —murmuró, rendida de pasión.

* * *

Un hombre entró en El Trago de la Aventura. Era de mediana estatura, de pelo muy negro, engominado, vestido con afectado atildamiento.

—He visto ahí afuera el coche de unos amigos —dijo Ferdinando de Liri—. Se llaman Irving y Anita...

Pedro Lial meneó la cabeza.

—No han entrado aquí, señor —contestó.

De Liri torció el gesto.

—Está bien, muchas gracias —se despidió.

Y se marchó sin echar siquiera un vistazo a la revista que había en uno de los ángulos del mostrador.

De haberlo hecho, habría visto una viñeta en la que aparecían Irving y Anita, ésta en brazos del joven y contemplándole con ojos de rendida admiración.

* * *

—Ya me siento completamente bien —dijo Anita.

—Lo celebro —sonrió Irving—. Amigo, ¿Qué le debo? —se dirigió al tabernero.

—Cincuenta centavos, señor —contestó Pedro.

Irving dejó un dólar.

—Guárdese la vuelta. Ah, ¿podría llevarme la revista?

—Está incluida en el precio de la consumición, señor.

—Muchas gracias, amigo, Volveremos otro día.

—Cuando gusten.

Irving y Anita salieron a la calle y entraron en el coche. Ella puso la revista sobre el halda.

—No sé... pero, diría que he tenido un sueño extraño... Estaba en un grave peligro... y tú acudías a rescatarme, luchando con una fiera... El animal era muy parecido a este que se ve en la ilustración... ¿Lo habrías hecho tú, de ser realidad?

—¡Pues claro que sí! No es que desprecie a los demás, pero cuando se ama a una mujer, se debe estar dispuesto a dar la vida por ella, si es preciso.

—Y Ferdinando echó a correr y me abandonó cobardemente...

Irving sonrió, mientras pensaba lo que no quería decir: «Ferdinando es un figurón, aunque vista como un figurín».

—Bah, olvídale —dijo—. Ah, y empieza a pensar en la fecha de la boda, querida.

—No sé qué dirá mi padre...

—«¡Ay!». Eso es lo que dirá, porque si se niega, le partiré la boca.

Anita lanzó un hondo suspiro.

—Y harás muy bien —convino.

En el mostrador, Lial sonreía mefistofélicamente.

—Irving ya la tiene en el bote —murmuró para sí.

Un hombre entró en la taberna. Era de regular estatura, pelo oscuro y vestía corrientemente.

—Hola —dijo.

—¿En qué puedo servirle, señor? —preguntó el tabernero.

—Tal vez... desearía una copa de «whrútamii», si tiene —dijo el cliente.

Pedro se puso rígido.

—Tengo «whrútamii», en efecto —contestó—. Identifíquese, por favor.

—Red Kostros, aquí. «Allí», soy ZQ-14-Z y nueve puntos.

—Está bien, Red. ¿Qué es lo que deseas?

—Informes, FR-75-R y seis puntos.

—No son buenos, Red.

—¿Qué sucede, Pedro?

—Todavía estoy por encontrar a la pareja ideal. Hace un momento creí haberla encontrado, pero me equivoqué.

—Es preciso seguir buscando, Red. El peligro se ha agudizado en un doce por ciento más durante el mes pasado.

Pedro frunció el ceño.

—¿Qué hay de la bomba de novación? —preguntó.

—Inencontrable —contestó Red.

CAPITULO II

A cierta distancia de El Trago de la Aventura, aquella misma noche, un hombre, enteramente vestido de negro, estaba junto a una caja de caudales, escuchando atentamente por medio de un fonendoscopio, mientras hacía girar la llave de combinación.

King Cothson se sentía furioso desde hacía tiempo, aunque había logrado dominar sus nervios lo suficiente para hacer el aprendizaje que le permitiría dar el «golpe» con el máximo de posibilidades de triunfar. Había sido una labor sorda, tenaz, paciente, desarrollada con el máximo secreto, pero, al fin, el trabajo estaba a punto de dar sus frutos.

Un par de veces había estado en casa de la riquísima Edna Harlan, la principal accionista de Harlan & Co. Cada vez que recordaba las presiones a que tanto él como los demás empleados y obreros de la empresa habían sufrido para colaborar con sus donativos al obsequio de cumpleaños de la gorda y fastuosa señora Harlan, se ponía enfermo.

Todavía había más: los accionistas habían sufrido también recortes en sus beneficios, para contribuir al obsequio. Cothson se había gastado buena parte de su paga en comprar una caja de caudales idéntica a la de la señora Harlan y con ella había hecho el aprendizaje de abrirla cientos de veces, sin conocer la clave y la combinación.

La señora Harlan había expresado el deseo de ser obsequiada con aquel sencillo collar de esmeraldas que sólo valía dos millones. Se había salido con la suya. Tenía unos empleados tan buenos y tan serviciales...

La cerradura chasqueó al fin. Cothson tiró de la manija y abrió la puerta.

El collar apareció ante sus ojos, tan fastuoso y deslumbrante como su dueña. Cothson lo separó de su lecho de terciopelo negro, lo metió en una bolsita que llevaba preparada, ató los cordones y se la colgó del cinturón.

Volvió a la noche siguiente. El robo no había sido aún descubierto.

Edna Harlan estaba ausente de la ciudad. Riendo al pensar en la cara que pondría la mujer, Cothson dejó sobre la caja de terciopelo un

lingote de oro, muy pequeño, de forma irregular, que era la montura de la joya. A continuación, dejó una bolsita de plástico transparente, que contenía un par de cientos de gramos de un polvillo blanquecino, de naturaleza irreconocible a simple vista.

También dejó un mensaje:

«Me habría sido imposible vender el collar, para repartir el dinero entre sus legítimos dueños. Por eso le devuelvo las esmeraldas, convertidas en polvo. El oro de la montura le servirá para un par de anillos; no se pueden hacer más, teniendo en cuenta el grosor de sus dedazos.»

Cuando el asunto fue descubierto, Edna Harlan puso el grito en el cielo. Decenas de detectives empezaron a investigar entre los empleados y operarios. Algunos de los detectives fueron apaleados. Media docena de empleados tuvieron que ser asistidos de dislocación de de mandíbula, a causa de tanta risa que les dio la noticia.

Los periodistas empezaron a husmear también. Hubo destituciones entre el alto personal de la empresa, especialmente los dos tipos más aduladores y rastreros, autores de la idea del regalo del collar de esmeraldas. Un nuevo director ingresó en la empresa e, inmediatamente, dio comienzo un período de austeridad.

Hubo un periodista que, sin embargo, tuvo el olfato suficiente para localizar al probable autor de la broma de dos millones de dólares, como todo el mundo había dado en llamar al suceso.

El periodista era mujer. Joven, morena, simpática y resuelta.

Y tenía un tipo muy atractivo. Su nombre era Mabel Kelly.

King Cothson había dimitido de su puesto. Mabel consiguió localizarle. Vivía en la calle Doce, ciento noventa.

Pero el día en que fue a buscarle, no estaba en su casa.

—Ha ido a tomar una copa a la taberna de la esquina —dijo—. Se ha hecho muy amigo del dueño. Encontrará fácilmente la taberna. Se llama El Trago de la Aventura.

—Sí que es un nombre raro —comentó Mabel para sí.

Pero el asunto merecía la pena seguir adelante. Su periódico

tendría la mejor información sobre la broma de los dos millones.

Mabel entró en la taberna minutos más tarde. Un hombre joven, de cuerpo atlético y pelo castaño, estaba sentado en un taburete, charlando animadamente con el dueño.

Mabel se rentó en el taburete contiguo.

—Hola, King Cothson —saludó.

Cothson estudió unos instantes a la muchacha.

—¿Quién es usted? —preguntó al cabo.

—Mabel Kelly, del *Trumpet* —se presentó ella.

—Periodista, ¿eh?

—Sí, King, ¿qué es lo mejor que se puede beber aquí?

—Le recomiendo el jerez, señorita —dijo Pedro.

—Muy bien, jerez. King, usted era ingeniero energético en la Harlan & Co. —dijo.

—Sí.

—Tengo idea de que investigaba acerca de una nueva forma de energía, poderosa y sin contaminación, una especie de aprovechamiento total de la materia.

—Algo por el estilo, aunque lo dejé.

El jerez apareció en el mostrador. Mabel tomó un sorbo.

—Excelente, tabernero —elogió.

—Gracias, señorita... Me llamo Pedro —sonrió el dueño.

—Muy bien, Pedro. ¿Seguimos charlando, King?

—¿Por qué no?

Ella bajó la voz de pronto. Ignoraba que el sistema auditivo de Pedro Lial era capaz de recoger el aleteo de una mosca a cincuenta pasos de distancia.

—¿Por qué pulverizó veinte valiosas esmeraldas, King? —preguntó Mabel.

Cothson procuró mantener la inalterabilidad de su rostro.

—No sé de qué me está hablando, chica —respondió.

—He conversado largamente con el teniente Rivas. Simpatiza muchísimo con usted. En el fondo, está de acuerdo con lo que hizo. Sólo Rivas sabe que usted compró hace seis meses una caja de caudales análoga a la de la señora Harlan.

—Alias, Edna *la Gorda*. Sí, Félix Rivas es buen amigo mío. Déle las gracias cuando lo vea.

—Durante esos seis meses, calculo, ha estado entrenándose para llevar a cabo su plan. Así, en dos noches, pudo entrar y salir sin ser visto de casa de la Gorda, llevarse el collar a su casa, desmontar las piedras, pulverizarlas...

—A martillazos —puntualizó Cothson.

—...Fundir el oro y devolver todo a su sitio. ¿Por venganza?

—Las células adiposas de las caderas de una mujer como Edna son incontables. Edna tiene más millones que células adiposas.

—Cáustico —rió ella.

—Y, a pesar de todo, a los diez mil empleados de Harlan & Co. nos sacaron, descontándolo en plazos mensuales, doscientos dólares, por término medio, para que la Gorda pudiera tener encerrado en su caja un collar de veinte esmeraldas.

—Ya. Una especie de venganza, ¿no?

—¿Me delatará a la policía?

—Lo contaré en un reportaje. Diré que un hombre enmascarado, me citó en un lugar desconocido, y me contó la historia.

De pronto, Pedro exclamó:

—¡Caramba, señor Cothson, no sabía que fuese usted ingeniero energético!

—Algunos dicen que es ingeniero enérgico —rió la muchacha—. King, me alegro de haberle conocido. Sólo siento una cosa.

—¿Sí?

—Me habría gustado dar un par de martillazos a una esmeralda. ¿Tomamos otro trago?

—Claro. ¿Pedro?

—Al momento, señor Cothson.

Los ojos de Mabel recorrieron el interior del local, fijándose con especial detenimiento en la estantería de las revistas.

—Vaya, no sabía que aquí se vendieran revistas —dijo—. Es la primera vez que veo una cosa semejante.

—Yo he comprado algunas historietas. Son muy entretenidas y están magníficamente dibujadas —declaró Cothson.

Mabel se puso en pie de un salto. Cothson la contempló con mal disimulada admiración. Era una chica muy bien formada y, además, sabía elegir su ropa. En aquella ocasión, Mabel vestía un traje de una sola pieza, de perneras muy cortas y apenas sin mangas. El calzado era sencillo, de medio tacón.

Los ojos de la muchacha exploraron las revistas que había en los estantes. Una de ellas, de pronto, llamó vivamente su atención.

—Pedro, ¿cuánto vale una de estas revistas? —consultó.

—Son gratuitas, para el que toma una copa en mi taberna, señorita —respondió el dueño.

—Me llevaré ésta. El título me atrae.

—A ver —dijo Cothson.

Mabel volvió junto al mostrador. En la cubierta se leía el título de la obra: *La bomba solar*.

—Debe de ser muy interesante —observó Mabel.

—Nunca me he sentido defraudado de una de las historietas que Pedro tiene en su local —manifestó Cothson.

—Muy bien —dijo la chica—. Y ahora, King, ¿dónde hablamos de lo nuestro?

Cothson sonrió.

—Conozco un restaurante muy bueno a tres manzanas de aquí —dijo—. Comida digna de dioses del Olimpo y, además, barata.

—Entonces, no se hable más. Pedro, me alegro de haberle conocido.

—El placer es mío, señorita —respondió el tabernero.

Cothson dejó unas monedas sobre el mostrador. Luego salió a la calle junto a la muchacha. Pedro les contemplaba con la mejor de sus sonrisas.

Pero apenas hubieron desaparecido de su vista, dejó de sonreír. Metió la mano bajo el mostrador y sacó algo parecido a un lápiz de brillante metal.

—Hola —dijo.

Una voz le contestó a los pocos instantes.

—¿Pedro?

—Sí, Red.

—¿Algo nuevo?

—Creo que esta vez tengo al hombre que necesitamos.

—Si fuera cierto, resultaría la mejor noticia desde que recibimos el anuncio-amenaza.

—Te creo. Red.

—Bien, tú te encargarás del resto, ¿no es así?

—Por supuesto. Red... ¿crees que debe ir solo?

—Nunca estaría de más que alguien le acompañase, siempre que fuese de absoluta confianza.

Pedro sonrió.

—Sí, ella es de confianza —respondió.

CAPITULO III

Se oyó un zumbido. Cothson, aún dormido, alargó la mano y dio el contacto. El videófono que había junto a la cama se iluminó en el acto.

—Hola, perezoso —sonó la voz de Mabel—. Desvíe el objetivo; soy muy pudorosa y le estoy viendo.

—Debería ser al revés, yo no pediría una cosa semejante.

—¡Sátiro! —le apostrofó ella—. Oiga, ¿cómo es que está durmiendo a las diez y media de la mañana?

—No tengo trabajo, Mabel.

—Ni ganas de buscarlo, ¿verdad?

—Aún me quedan tres mil en el Banco. Cuando se me acaben, buscaré un empleo. Conducir un camión de limpieza ha sido la ilusión de mi vida.

—No se burle, King; usted es joven, competente, con imaginación...

—Y, además, guapo y arrogante.

—¿Siempre está de broma cuando habla por videófono?

—Cuando mi interlocutor es una chica bonita, sí.

—Está bien, King, dejemos esto por ahora. Quiero hacerle una consulta.

—Honorarios, diez dólares. Deposite el dinero en la ranura...

—Déjese de bromas, hombre. Se trata de esa historieta que me llevé anoche de la taberna de Pedro.

—Ah, sí, ahora lo recuerdo. ¿Qué le pasa, Mabel?

—Bueno, usted es ingeniero energético... Aquí se habla de una bomba que puede convertir en nova a una estrella, con lo que su explosión arrasaría todo un sistema planetario. ¿Puede ser?

—Hombre... la explicación sería larga... El carbono entraría fundamentalmente en la composición de La bomba...

—Eso no lo dice en la historia, por supuesto —manifestó la joven.

—Bien, pero, ¿por qué quiere alguien alterar el equilibrio termonuclear de esa estrella?

—Se trata de lo que podría llamarse chantaje a un planeta, o algo por el estilo. En suma, la amenaza de una raza conquistadora a una gente pacífica, que vive, si no en una Arcadia, sí en un mundo tranquilo y sin complicaciones.

—Probablemente, rico en materias primas.

—Claro. Pero entre las materias primas hay que incluir a los seres humanos.

—Ah, ya entiendo —sonrió Cothson—. De todas formas, Mabel, no deja de ser una ficción, una historieta, en suma.

—Ya lo sé, King. Pero... a veces, mientras leía la revista, he tenido la sensación de que todo era real.

—No me diga —se burló él.

—Hablo en serio —exclamó Mabel, picada—. Según la historia, los protagonistas consiguen al fin encontrar la bomba.

—Con lo que el peligro desaparece y esa Arcadia resistirá a las presiones de sus conquistadores, ¿no es así?

—No, King; yo diría que la historia está incompleta. Ellos encuentran la bomba, pero no consiguen localizar la combinación que desactivará la espoleta.

—¿Por qué no busca el siguiente número en la taberna de Pedro? Si esa historia la tiene desazonada, así podrá tranquilizarse y conocer el final.

—No es mala idea, King. La verdad, estoy con el ánimo en suspensión, porque los protagonistas, que al fin han encontrado la bomba, luchan denodadamente por conocer la combinación que desactivará la espoleta, pero, mientras tanto, la bomba sigue viajando hacia la estrella. ¿Comprende?

—Sí, desde luego. Si no encuentran la combinación, la bomba chocará contra ese sol, que se convertirá en una estrella nova y y Arcadia desaparecerá.

—Exactamente, King.

Cothson salió de la ducha canturreando alegremente. De pronto, se dio cuenta que se había olvidado incluso del robo de las esmeraldas.

¿Había publicado algo Mabel?

Apenas salió a la calle, compró el *Trumpet*. Extrañamente, el periódico no mencionaba nada de la entrevista sostenida con la muchacha.

«Está obsesionada por la historieta», se dijo.

Caminó con paso normal. Mabel, seguramente, estaría dirigiéndose hacia la taberna de Pedro. Le preguntaría por qué no había enviado su información al periódico.

De pronto, un hombre llamó su atención.

—¿Cothson?

El joven contempló fijamente al sujeto que le había detenido. Era un hombre delgado, pero fuerte, de ojos negros, casi hipnóticos.

—Sí —dijo al cabo.

—Mi coche está junto a la acera. Tenga la bondad de subir.

Cothson volvió la cabeza un poco. A un paso de distancia, pudo ver la portezuela abierta de un automóvil.

Había dos hombres dentro del vehículo, uno delante y otro atrás. El que estaba sentado en el asiento posterior, le apuntaba con una pistola, de modo que no pudiera ser vista más que por el interesado.

—Suba, señor Cothson.

El joven obedeció. Instantes después, el coche arrancaba a toda velocidad.

Sonó un leve zumbido. Pedro sacó el lápiz.

—¿Sí? —dijo.

—Pedro, soy Red. Sospecho que alguien ha interferido nuestras comunicaciones.

—¿Ellos?

—¿Quiénes, si no?

—Está bien. Cambiemos de frecuencia y de código.

Pedro citó una serie de cifras. Red las repitió, para que el otro supiese que estaba enterado.

—De acuerdo, Pedro —dijo Red al cabo—. ¿Qué hay de nuestro hombre?

—Todavía no lo he visto.

—Emplea el radiolocalizador mental.

—De acuerdo, Red.

—Llámame apenas sepas algo, Pedro.

—Descuida.

* * *

Cothson no podía ver nada. Apenas habían salido de la ciudad le vendaron los ojos.

Luego se paró el coche. Unos segundos más tarde, le hicieron salir. Unos fuertes brazos le levantaron en vilo, impidiéndole que pisara el suelo.

Momentos después, sintió que le obligaban a sentarse en un sillón. Alguien le quitó la venda de los ojos.

Cothson pudo ver entonces que se hallaba en una habitación de aspecto corriente, con muebles vulgares, aunque las paredes le parecieron de un material que no había visto hasta entonces. Daba la sensación de ser de metal, recubierto de un aislante térmico.

No había cuadros, ni jarrones ni otros elementos de decoración. Sólo los sillones y una mesa.

Y sus tres secuestradores.

—Está bien, las esmeraldas son polvo, me crean o no —dijo.

El hombre que le había detenido hizo un gesto con la cabeza.

—No nos interesan las esmeraldas, Cothson —manifestó.

—¿Entonces...?

—Tampoco vamos a hacerle ningún daño. Físico, por supuesto. Sólo queremos que olvide una cosa.

—¿Por dinero, tal vez? No soy rico, pero tengo algunos miles en el Banco...

—El dinero no nos interesa —manifestó el sujeto con acento glacial.

—Oigan, ¿por qué no nos presentamos de una vez? —dijo Cothson—. Ustedes conocen mi nombre; en cambio, yo no sé siquiera cómo debo llamarles...

—Yo soy Ark. Mis compañeros se llaman Eerk y Truim.

Cothson miró a los tres sujetos sucesivamente. Eran tan parecidos, que casi hubiera podido decirse que eran trillizos.

—Ark, Eerk y Truim —repitió—. Muy bien, ¿qué más?

—Usted es ingeniero energético.

—Sí, no tengo por qué negarlo.

—Bien, pronto dejará de serlo.

—¿Qué empleo me van a dar? ¿Contable?

—Esto no es cosa de broma —dijo Ark—. Simplemente, vamos a hacer que olvide cuanto está relacionado con su profesión. Por lo demás, cuando hayamos terminado, usted será un hombre absolutamente normal.

—Salvo que me habré convertido en un idiota.

—No será un vegetal viviente, si es eso lo que quiere decir. Simplemente, un hombre normal... apto para cualquier otra clase de trabajo que no sea el de la ingeniería energética.

Cothson frunció el ceño.

—¿Lobotomía? —dijo.

Sentíase aterrado ante el pensamiento de que aquellos sujetos le extirpasen algún lóbulo del cerebro. Las consecuencias de la operación podían ser indescriptibles.

—No —contestó Ark, que era el único que hablaba—. Droga.

Truim estaba manipulando en una caja que había sobre la mesa. A Cothson se le pusieron los pelos de punta.

—¿A...alguna variedad del pentotal? —preguntó.

—Sí, pero infinitamente más poderoso y menos dañino —contestó Ark.

Truim tenía ya en alto la jeringuilla. Cothson empezó a pensar en resolver el asunto a mamporros.

Pero, de repente, alguien irrumpió en la estancia.

—¡Manos arriba todo el mundo!

Cothson dio un salto en el asiento.

—¡Mabel! —gritó.

La chica tenía una pistola en la mano.

Ark y sus compañeros aparecían como paralizados por el asombro, Cothson saltó hacia Truim y, de un manotazo, envió la jeringuilla contra la pared opuesta.

—Nadie me inyectará una droga —masculló.

—Vamos, King —dijo Mabel.

—Sí, será lo mejor.

Protegido por la pistola que ella empuñaba con tanta firmeza, retrocedió hacia la puerta. Ark y sus compinches no se atrevían a moverse.

—Por aquí —dijo Mabel.

Cothson corrió hacia la puerta que ella había señalado y la abrió. La puerta giraba en sentido opuesto, hacia afuera, pero no se percató del detalle en aquellos momentos.

—¡Ven, Mabel! —gritó.

—¡Por ahí no! —chilló Ark.

Pero Mabel había franqueado también la puerta. Y, a fin de amedrentar a los tres sujetos, disparó un tiro contra el hueco.

Entonces se produjo una explosión ensordecedora, al mismo tiempo que brillaba un relámpago deslumbrante. Una fuerza enorme derribó a la pareja por el suelo.

CAPITULO IV

Cothson sacudió la cabeza, aturdido por la detonación. Mabel yacía en el suelo sin sentido.

De momento, Cothson no se fijó demasiado en el panorama. Había hierba en el suelo, lo que, en buena parte, había amortiguado el golpe de la caída. Gateó hacia Mabel y, con alivio, comprobó que sólo estaba desmayada.

Miró a su alrededor. Estupefacto, se dio cuenta de que no había ninguna casa. Estaba en medio del campo, en una región que le era completamente desconocida y sin la menor señal de vida humana, por lo menos a corta distancia.

A treinta pasos, corría un arroyuelo. Cothson se puso en pie caminó hasta la corriente y se mojó la cara un poco, para terminar de aclararse la mente. Luego mojó el pañuelo y, volviendo junto a Mabel, lo escurrió sobre su rostro. Después lo pasó por su frente a la vez que le daba suaves cachetitos en una mejilla.

—Vamos, vamos, despierta...

El tratamiento surtió efectos. Mabel abrió los ojos.

—King, ¿qué ha pasado? —preguntó con voz débil—. ¿Se nos ha venido la casa encima?

—Ojalá —sonrió él—. Así, al menos, sabríamos dónde estamos.

Mabel se irguió un poco y, como Cothson momentos antes, comprobó la ausencia total del edificio.

—¡Qué bárbara soy! —exclamó—. Disparo un tiro y convierto una casa en humo.

El revólver estaba sobre la hierba, a su lado. Viendo que Mabel se sentía aún aturdida, Cothson fue al arroyo y mojó nuevamente el pañuelo. Ella agradeció sinceramente el gesto, que acabó de despejarla.

—¿Estás bien, King? —preguntó.

—Sí. Llegaste muy a tiempo, preciosa. Pero, vamos, tienes una manera de disparar...

—Sólo quería evitar que nos siguieran, después de cruzar la puerta. Pero entonces se produjo la explosión... ¿Qué pasó? ¿Le di a un barril de dinamita?

—En aquella estancia no había barriles, ni cajas ni cosas parecidas —respondió Cothson—. Estoy por jurar que sólo había un par de sillas y una consola, pero no pude fijarme mucho, claro.

Sentada, en el suelo, Mabel frunció las cejas, como si se concentrase para reflexionar.

—King, creo que empiezo a dar con la solución —dijo, tras unos segundos de pausa—. Yo vi que entrabas en un coche y me pareció que no lo hacías de muy buena gana. El aspecto de aquellos tipos no me gustó, así que, como yo llegaba a la taberna en aquel momento, decidí seguirlos procurando no ser vista, claro está.

—Y llegaste luego a esta casa.

—Sí. No son muy buenos secuestrando a la gente; creían que era suficiente meterte en el coche para tener segura la operación. Ni una sola vez volvieron la vista atrás, ¿comprendes?

—De lo cual me felicito —sonrió Cothson—. Sigue, preciosa.

—Bueno, esperé unos momentos y luego entré en la casa. Tú ya viste cómo los sorprendí, pero creo que, al salir fue cuando me equivoqué de puerta.

—¿Eh?

—Sí. Había dos puertas en el vestíbulo y la decoración era muy escasa, de modo que, para una persona que llegase allí por primera vez, los puntos de referencia eran poco menos que nulos. Yo no me fijé tampoco en las puertas, ni al entrar ni al salir, claro. Pero resulta que elegimos la equivocada.

—En eso estoy de acuerdo contigo, Mabel. Pero, ¿a dónde diablos hemos ido a parar?

Los ojos de la joven recorrieron el panorama circundante.

—King, ¿has oído hablar alguna vez de puertas que conducen instantáneamente a otros mundos...? —preguntó.

Cothson se estremeció.

—Mabel, diablos, no...

—King, diablos, sí —confirmó ella con todo desparpajo—. Es más, estoy en condiciones de afirmar que nos hallamos en Eweni.

—¿Eweni? —repitió Cothson, estupefacto—. ¿Alguna nueva nación africana, recién surgida a la independencia?

—No seas tonto. Eweni es el planeta que quiere conquistar a Arcadia.

* * *

En un momento en que no tenía nadie en la taberna, Pedro agarró el comunicador y llamó:

—Red.

—Dime, Pedro.

—Malas noticias.

—¿Qué pasa?

—Las indicaciones del radiolocalizador mental se cortan bruscamente... en la zona violeta.

Red se puso pálido.

—¡Maldición! ¡Eso significa que ha sido secuestrado fuera de la Tierra!

—Habla en plural, Red. La línea de la chica también acaba en zona violeta.

—Iryana tiene buenos agentes, no cabe la menor duda. Han encontrado a los dos que podían ayudarnos y los han eliminado.

* * *

Ark soltó una maldición.

—¡La puerta espacial ha quedado inutilizada! —exclamó.

A Truim le dio casi un mareo.

—Pobres de nosotros —se lamentó.

—Habrá alguna manera de arreglar los desperfectos, supongo —dijo Eerk.

Ark movió la cabeza negativamente.

—No. La bala rompió de modo brusco la superficie de tensión de energía, haciéndola saltar en cuatrillones de fragmentos, que se han dispersado por el espacio. Es preciso traer un generador nuevo..., pero, para ello, debemos volver a Eweni.

Truim se dejó caer sobre una silla.

—Iryana nos despellejará vivos —gimió aterrado, al pensar en el porvenir que les aguardaba cuando regresaran e informasen del fracaso de su misión.

Ark fue el primero en reaccionar.

—La puerta ha quedado inútil, pero no hemos perdido del todo ni el tiempo ni las probabilidades de triunfar —dijo, resuelto—. Todavía nos queda la nave y podemos forzar sus motores al máximo. Claro que cuando lleguemos, estarán para la chatarra, pero aún podemos alcanzar a la pareja. Y, en medio de todo, tenemos la ventaja de que somos los únicos que los conocen.

* * *

—¿Y cómo diablos sabes que estamos en Eweni...? —preguntó Cothson.

—Lo reconozco —dijo Mabel—. Reconozco este paisaje, y también su estrella-sol y los satélites que se ven allá arriba. Por eso sé que estamos en Eweni.

—Pero tú no has estado nunca aquí, Mabel.

—Oh, no, claro que no... Sin embargo... King, ¿recuerdas la historieta aquélla que compré en El Trago de la Aventura?

—Ah, sí, la bomba solar o algo por el estilo...

—Exactamente. El paisaje que estamos viendo es absolutamente igual al que aparece en algunas de las ilustraciones. ¡Aquella historia es real, King!

—Mabel, por favor...

Ella le miró suplicantemente, a la vez que ponía una mano en su brazo.

—No, King, no estoy loca —dijo—. Yo te he rescatado, y me alegro infinito, de aquellos tipos, pero me equivoqué de puerta y en lugar de usar la que daba a la Tierra, salimos por la que conducía a Eweni. Lo

que no comprendo es por qué una simple bala ha producido tales efectos, pero, dejando esto de lado por el momento, lo cierto, es que estamos en Eweni.

Cothson decidió seguir la corriente.

—Muy bien, nos encontramos en Eweni... —dijo—. Y ahora, ¿qué?

—La historia dice que nosotros encontraremos la bomba solar, pero ahí termina.

—Y no sabes si conseguiremos desarmarla o no.

—Eso es —suspiró Mabel.

—Bien, pero el caso es que yo, jamás, jamás, he visto ni siquiera una de esas bombas solares... y por si fuera poco, no sé dónde está.

—La encontraremos, King.

—Oh, Mabel, por Dios...

—King, tenemos que ayudar a esas buenas gentes, a los arcadianos. Ellos sólo desean la paz, vivir con tranquilidad... No podemos permitir que los ewenitas les sometan a un chantaje tan innoble... amenazando con hacer explotar el sol de Arcadia si no se dejan conquistar...

—No sé qué podemos hacer nosotros —rezongó él—. Ni siquiera tenemos la menor idea de por dónde debemos empezar.

—Veamos, King. ¿Por qué te secuestraron esos tipos? —preguntó la chica.

—Bueno, uno de ellos, el que parecía jefe, declaró que iban a inyectarme una droga que me haría olvidar todo lo relacionado con mi profesión. No habría efectos secundarios, seguiría siendo una persona normal, pero quedaría como si jamás hubiese estudiado una sola página de ingeniería energética.

—¿Lo ves? —exclamó Mabel con los ojos muy brillantes—. Esos tipos sólo querían impedir que llegases a la bomba solar, porque, si lo consigues, tú evitarás que caiga sobre el sol de Arcadia y lo convierta en una estrella nova.

—Mabel, no veo cómo una simple bomba puede novar a una estrella. ¿Te das cuenta de la inmensidad que representa una simple estrella, que sea del tipo más corriente, como nuestro Sol?

—¿Qué es lo que produce la novación de las estrellas, King?

—Bien, en el seno de toda estrella, hay siempre una reacción de fusión termonuclear, que se efectúa a temperaturas inconcebibles, de millones de grados. Es la transformación de hidrógeno en helio lo que libera cantidades colosales de energía, que se traducen en luz y calor, a temperaturas que oscilan entre los quince y treinta millones de grados centígrados.

—Voy comprendiendo. ¿Qué más, King?

—En ocasiones, se produce la explosión, o eclosión, como quieras, de la estrella, debido a un súbito aumento, mejor diría alteración, de sus condiciones energéticas, acaso a una reacción incontrolada y, a veces también, por una intervención del carbono. En un plazo que va de uno a tres días, una estrella puede alcanzar de diez a mil millones de veces la intensidad del Sol. Si a nuestro Sol le ocurriese una cosa semejante, el sistema, solar, quedaría convertido en cenizas en menos de veinticuatro horas.

—¡Pues eso es lo que pretenden los ewenitas con Arcadia! O se someten o lo convierten en humo estelar —exclamó la muchacha.

—Por medio de una bomba.

—Sí. Y vamos a evitarlo, King.

—¿Cómo? —sonrió él, ante el apasionamiento que observaba en Mabel.

Ella tendió el brazo hacia lo lejos.

—La historia comienza aquí —dijo—. Sigámosla, King.

CAPITULO V

Mabel echó a andar resueltamente. Tras unos segundos de indecisión, Cothson se emparejó con ella.

—Estamos en Eweni —dijo Mabel—. Aquí gobierna una fulana llamada Irvana, madura y gorda y de sentimientos de hiena. Claro es que está apoyada por una casta de tipos ávidos de poder y de riquezas.

—En todas partes pasa igual —suspiró Cothson.

—Y de una forma u otra, encontraremos la bomba solar y la desactivaremos. Arcadia debe vivir libre y feliz.

—Claro, para eso se llama Arcadia —dijo el joven irónicamente.

—Bueno, no es su nombre, pero yo se lo apliqué en vista de las condiciones de sus habitantes. No es mal nombre, ¿verdad?

—Enteramente pastoril.

—No seas cáustico, King. Ah, lo primero que hemos de hacer ahora es procurarnos ropas. No podemos pasearnos por las ciudades de Eweni con ropas terrestres, claro.

—Bueno, tu traje podría ser internado... interplanetario. El mío...

De repente, Mabel lanzó un agudo grito. King respingó, a la vez que sacaba el revólver, del que se había hecho cargo una vez repuestos de su desmayo.

—¿Qué pasa? ¿Dónde están? —preguntó belicosamente.

—No, hombre, no hay enemigos a la vista. Lo que sí estoy viendo es una casa... allí, en el fondo del valle —señaló Mabel con la mano.

—Será alguna granja, por supuesto, pero, ¿cómo nos entenderemos con el granjero? No conocemos su idioma, no sabemos una sola palabra de ewenita, Mabel.

—Ya nos arreglaremos, King, no te preocupes.

Siguieron andando. Cothson procuró caminar por lugares donde no pudieran ser vistos con facilidad.

—Una granja... No me cabe en la cabeza... —rezongó poco más tarde.

—¿Por qué no? Un planeta habitable, con seres humanos enteramente iguales a los terrestres en su anatomía y condiciones psíquicas, debe de tener muchos puntos de contacto con el nuestro. Una granja en el Medio Oeste de los Estados Unidos y otra en Kenia o en Italia, pueden ser diferentes, pero su objeto es idéntico en todas. Por tanto, aquí tiene que pasar lo mismo.

—Incluye también al granjero colérico que nos perseguirá a tiros de escopeta, aparte de azuzarnos a sus mastines —rió Cothson.

—Oh, a veces te pones insoportable...

—¿Decía yo estas frases en la historieta?

Mabel apretó los labios. Cothson había llegado a convencerse, al fin, de que no estaban en la Tierra. Algunos de los árboles eran de especies que le resultaban desconocidas, aun no teniendo sino vagas nociones de botánica. Las mismas montañas que divisaba al fondo, estaba seguro, no figuraban en ningún mapa de la geografía terrestre.

Minutos después, se hallaban en las inmediaciones de la supuesta granja. Era un edificio de forma alargada, con tejado rojo fuerte y sombreado por dos docenas de grandes árboles, de frondosa copa. El arroyo que habían visto en un principio corría a poca distancia de la casa, que aparecía desierta en aquellos momentos.

Había algunos animales en los corrales. A Cothson le recordaron vagamente los corzos y gacelas, aunque más pequeños. Le extrañó, sin embargo, no ver chimenea. Seguramente, pensó, los habitantes de la granja cocinaban y se calentaban por métodos que tenían que ver muy poco con los terrestres.

Avanzaron paso a paso. Las ventanas eran muy grandes, con un solo vidrio para cada una. Cothson se dio cuenta de que los vidrios subían y bajaban a lo largo de ranuras en la pared, seguramente por algún mecanismo eléctrico, manejado desde el interior.

Uno de los vidrios estaba casi completamente subido. Cothson entró en la casa.

Los muebles eran muy distintos, en su estilo, de los terrestres, pero cumplían una función análoga, según las necesidades. El silencio, en la casa, era absoluto.

Cothson divisó lo que parecía un armario ropero y lo abrió. Colgados de las perchas divisó varios trajes. Después de una ligera indecisión, eligió una especie de blusa, semejante a una cazadora,

pantalones ajustados y unas botas de media caña. Encontró un cuarto de baño y se cambió.

Había un espejo y se miró en él complacido.

—Ahora sí que parezco un ewenita —dijo.

Y salió del baño, dispuesto a dar una sorpresa a Mabel, pero no encontró a la chica.

—¡Mabel! —gritó.

Ella no contestó. A Cothson se le pusieron los pelos de punta.

—¿Qué diablos le habrá pasado? —se preguntó, lleno de aprensiones.

Casi se tiró de cabeza a través de la ventana. Dio la vuelta a la casa, pero no encontró el menor rastro de la joven.

—¡Mabel, Mabel! —gritó.

—Aquí, ven, King —sonó la voz de Mabel.

Cothson dio la vuelta a la próxima esquina, pero no halló el menor rastro de la muchacha.

En cambio encontró algo con lo que no se esperaba.

* * *

Era una mezcla de cohete, planeador de alas muy cortas y flecha de papel, sustentado por tres patas cortas. En la proa, muy afilada, se veían amplias ventanillas de cristal verdoso.

—King, estoy dentro de este cacharro —sonó la voz de Mabel.

Cothson se pasó una mano por la frente.

—Bueno, menos mal...

Había una escotilla abierta, con una corta escalera que permitía el acceso al interior del aparato. Cothson atravesó la entrada y vio a Mabel sentada ante los mandos.

—Cuidado —se estremeció—. Tú no sabes manejar este cacharro...

—En *La bomba solar* sí lo manejaba, aunque no me acuerdo muy bien cómo —dijo Mabel.

—Aquello era una historieta de fantasía. Esto es real —alegó Cothson.

—Bueno, ven, siéntate a mi lado. King, creo que manejar este cacharro es más fácil de lo que parece. Mira, los indicadores son gráficos, de modo que no tenemos necesidad de traducir ningún rótulo escrito. ¿Ves?, éste sirve para cerrar la escotilla.

La escotilla se cerró. Mabel señaló otra tecla.

—Suspensión —dijo.

—Suspensión, ¿qué?

—En el aire, tonto. Por antigravedad, como debe ser.

Mabel presionó la tecla. El aparato se movió con un leve tambaleo, pero no ocurrió nada más.

—Y el tren de aterrizaje también se ha replegado —añadió.

—Muy bien, y ahora, dime, ¿cómo se mueve este aparato?

La mano de Mabel empuñaba una palanca situada junto a su asiento.

—Esto, supongo, lo hace todo —contestó—. Es la cosa más maravillosa que jamás se haya inventado, King. Una sola palanca para todos los movimientos...

Mabel tiró de la palanca hacia arriba y adelante y el aparato se puso en movimiento, separándose del suelo una veintena de metros, a la vez que adquiría una velocidad de unos cincuenta kilómetros por hora.

Cothson cerró los ojos.

—Nos la vamos a pegar —gimió.

—No seas cobardica —le apostrofó ella—. Sólo se necesita un poco de práctica.

El aparato ganó doscientos metros de altura. Mabel se daba cuenta de que era preciso manejar la palanca con mucho tacto, a fin de evitar movimientos demasiado bruscos. Cuando ya volaban a cien kilómetros por hora, descubrió una tecla junto a la empuñadura y la apretó con un dedo.

No pasó nada, pero ella se supuso lo que había ocurrido.

—Piloto automático —dijo.

Tocó la tecla de nuevo y recobró el mando. Ganó trescientos metros de altura y cincuenta kilómetros de velocidad y sonrió satisfecha.

—Hasta un niño podría pilotar este cacharro —exclamó:

Las aprensiones de Cothson empezaban a ceder.

—Haz unas cuantas maniobras de ascenso y descenso, para ganar más práctica —aconsejó.

Mabel movió la palanca en distintos sentidos. Según hiciera subir o bajar la empuñadura, el aparato ganaba o perdía altura. Adelantándola más o menos, se conseguían los cambios de velocidad, reflejados en una esfera, con una aguja con signos gráficos, que ninguno de los dos comprendía. No obstante, el movimiento de la aguja bastaba para que se dieran cuenta parcial de la rapidez con que se movía el aparato.

La palanca se movía también a derecha e izquierda, lo que permitía los virajes, tanto más ceñidos, cuanto mayor fuese el movimiento de la palanca. Cuando ésta quedaba en posición normal, el aparato quedaba quieto, suspendido en el aire, cualquiera que fuese la altura a que se hallaba en aquellos momentos.

—Bueno —dijo Mabel, pasados unos minutos—, creo que ya sé cómo se maneja este artefacto. ¿Seguimos, King?

—Creo que has olvidado una cosa —contestó él—. Nos hemos convertido en ladrones.

—La necesidad nos disculpa. King —alegó la chica.

—¿Nos disculpará ante la Policía ewenita?

—¿Hay Policía en Eweni?

—No sé quién habló antes de ciertas características comunes a las razas planetarias. Casas, tierras, animales, máquinas... y si esa granja o lo que fuese es una propiedad privada, como parece, entonces, no cabe la menor duda: hay Policía.

—Pero podemos esquivarla.

—Ya. Y, dime, ¿adonde irás, si no tienes la menor idea de cómo es ni qué forma de vivir existe en Eweni?

—Eres un tío agorero. Saldremos bien, te lo aseguro.

—Admiro tu inconsciencia. Yo no estoy tan seguro de que las cosas resultarán como dices..., pero ya que estamos embarcados en el mismo bote, y no es ninguna metáfora, dime, ¿qué viene ahora?

Mabel se volvió para mirarle.

—¿Por qué me haces esa pregunta, King? —exclamó.

—Tú has leído la historieta completa. Parece ser que nos está sucediendo en la realidad lo que el autor se inventó en su narración gráfica. Por tanto, estás obligada a saber qué nos va a pasar ahora.

Mabel se sintió desconcertada. Antes de que pudiera decir nada, Cothson alargó la mano.

—No es necesario que contestes —dijo—. Nunca he visto un patrullero policial ewenita, pero, a juzgar por las trazas, ahí tenemos uno.

Mabel lanzó un pequeño grito. Casi de repente, había surgido en el cielo un aparato idéntico al que ellos habían robado, con la diferencia de que estaba pintado en negro, con dos bandas delgadas de color amarillo, a todo lo largo del fuselaje.

—Escaparemos —gritó.

Pero casi en el mismo instante, el aparato negro y amarillo disparó unos cables, que se adhirieron con fuerza a la superficie del otro. Mabel intentó mover la palanca, pero los motores no respondieron.

Había algunas luces en el cuadro de mandos. Cothson las vio apagarse.

—Esos cables, no sólo sirven para apresarnos, sino para cortar la fuente de energía que mueve nuestro vehículo —dijo.

Unos segundos después, se sintieron arrastrados a una velocidad enorme, sin que pudieran hacer nada para evitarlo. Para Cothson, sin embargo, lo peor no era haber sido apresados por el supuesto patrullero ewenita, sino que nadie intentaba entrar en comunicación con ellos.

CAPITULO VI

La puerta de la celda se abrió.

—Al fin —dijo Cothson.

Una pareja de hombres uniformados en negro y amarillo apareció ante los ojos de los prisioneros.

—Salgan —ordenó uno de los guardias.

Mabel cuchicheó:

—Ahora, tú te arrojarás sobre el de la izquierda y yo...

—Calla, tonta —cortó Cothson malhumoradamente—. No trates de estropear las cosas más de lo que ya están.

—Pero nos han tenido encerrados... nos van a juzgar...

—¿Qué esperabas que hicieran después de robar el aeromóvil? ¿Que nos dieran unas palmadas en la espalda y una bolsa con caramelos?

Cothson echó a andar. Ella, resignada, le siguió.

Para Cothson, lo más extraño era que entendía perfectamente el lenguaje ewenita. Algo debía de ocurrir para que sucediera así, aunque por el momento no podía hallar ninguna explicación para tan raro fenómeno.

Los guardias, fornidos, impasibles, les condujeron a lo largo de un corredor de frías paredes. Después, un ascensor los llevó a una sala amueblada con inusitada severidad.

En la sala no había otros muebles que un estrado, sobre el que se veían una pequeña mesa y dos sillas. Detrás de la mesa había un enorme retrato de una mujer algo madura y enormemente gruesa, aunque todavía con rasgos de una pasada belleza en sus facciones. Estaba ricamente ataviada y en torno a su voluminoso pecho se veía una banda de color amarillo, azul claro y negro.

—Caramba, cuánto se parece a Edna Harlan —exclamó Mabel.

—Iryana es quince años más joven, por lo menos —masculló Cothson.

Dos hombres entraron por una puertecita lateral. Uno de ellos vestía largo ropaje de color negro. El otro parecía un amanuense y se sentó en la silla que había a un lado de la mesa.

—Soy el juez Vordos —se presentó el hombre de la toga negra—. ¿De qué se acusa a esta pareja, capitán?

—Robo de un aeromóvil. Señoría. El propietario, Dur Shimos, ha presentado la denuncia correspondiente —contestó el oficial de Policía.

Vordos miró a los acusados.

—¿Culpables o inocentes? —preguntó.

Mabel avanzó un paso.

—Señoría, si me permite...

—Somos culpables. Señoría —exclamó Cothson—. Sólo nos queda encomendarnos a la benevolencia de ese justo y recto tribunal.

—Usted se considera culpable. ¿Y ella?

Mabel suspiró.

—Sí, Señoría —dijo.

—Está bien. Dados los antecedentes y el delito, los acusados quedan sentenciados a la pena de un mes de reeducación en la forma prescrita por la ley. Capitán, usted se encargará de proceder a la ejecución de la condena —dijo Vordos.

—Sí, Señoría.

—Eso es todo. El juicio ha terminado.

El juez y su secretario se marcharon. Mabel se volvió furiosa hacia el joven.

—Podíamos haber alegado...

—Diríase que la atmósfera de Eweni aumenta tu estupidez hasta el límite de lo inconcebible, si es que tal cosa se puede expresar —cortó el joven fríamente. Bajó la voz—. ¿Qué ibas a decir al juez, que no eres de aquí? Hubiera resultado peor, ¿no comprendes?

—King, nosotros hemos venido...

—Tú me has metido en este lío. Yo no vine por mi voluntad y el

conflicto entre Eweni y Arcadia me importa un rábano. Cuando te conocí a ti, iba a tomarme un año de vacaciones, ¿comprendes?

—Creí que no eras tan egoísta, King, que te importaba algo más el bienestar de los demás...

Cothson se encogió de hombros.

—Así no ¡remosta ninguna parte —rezongó.

Una mano le tocó en el hombro.

—Vamos —dijo el oficial.

Cothson dio media vuelta. Mabel le siguió, furiosa y preocupada.

—Capitán, ¿es malo eso de la reeducación? —preguntó de repente.

—Cuando terminen, serán personas decentes —respondió el oficial —. Antes era mucho peor; los delincuentes eran enviados a trabajar a la mina de diamantes, pero el yacimiento se ha agotado ya.

—Caramba, no sabía que hubiese diamantes en Eweni.

—Oh, los había en cantidades incalculables. Creo que el total extraído de la mina alcanza a unos diez kilómetros cúbicos, pero... cosa extraña, no se ve un diamante en todo el planeta.

Cothson frunció el ceño. Pero ya no pudo hacer más preguntas.

Una puerta se había abierto y daba a Una inmensa sala, en la que había centenares de sarcófagos de vidrio, la mayoría de ellos ocupados por personas de ambos sexos y de todas las edades.

Aquellas personas estaban todas dormidas. A Cothson se le heló la sangre en las venas al pensar que su mente iba a ser acondicionada según las leyes ewenitas.

¿Cómo se sentiría al despertar?

Un hombre, vestido con bata blanca, apareció ante ellos.

—Condenados a un mes —dijo el oficial.

—Está bien —contestó el de la bata blanca.

Sacó algo del bolsillo y arrojó un poco de gas a las caras de los reos. Cothson y Mabel perdieron el conocimiento casi instantáneamente.

Los ojos de Irvana despedían destellos de furor.

—Al menos, me habréis traído tabaco terrestre —dijo.

—Sí, sí, señora...

—Venga, tonto, dame un paquete.

Ark obedeció, temblando de pánico, lo mismo que sus compañeros. Iryana, vestida con un lujoso traje de brillante tejido, rasgó la envoltura del paquete y sacó un cigarrillo.

Ark le entregó una larga boquilla, negra, con motivos de oro.

—Las mujeres elegantes de la Tierra la usan para fumar —dijo.

Iryana entornó sus ojos, casi escondidos entre los gruesos párpados.

—En ese condenado planeta hay cosas que me gustan mucho —murmuró—. Pero habéis tardado demasiado tiempo en venir a informar. ¿Qué diablos ha pasado?

—Señora, es que... Hemos venido reventando casi los motores... —dijo Truim con acento tembloroso.

—¿Los motores? Pero, ¿y la puerta espacial? —gritó Iryana.

—Fue... un desgraciado accidente... Ha sido destruida... Tenemos que construir otra...

—¡Otra puerta! ¿Acaso queréis arruinarme? —Iryana inhaló un par de bocanadas de humo y continuó apostrofando a los tres sujetos—. Pandilla de inútiles... los mejores agentes secretos de que disponía... y han fracasado miserablemente... A ver, Ark, cuenta de una maldita vez lo que ha pasado.

Ark obedeció. Iryana le escuchaba, contemplando las volutas de humo que salían de su cigarrillo.

—De modo que esa pareja escapó por la puerta espacial —dijo, cuando Ark hubo terminado su relato.

—Sí, señora. Ella disparó un tiro y la energía se deshizo...

—Entonces, están aquí.

—Así es, señora.

La enorme mole de Iryana, más de ciento treinta kilos de peso, se enderezó bruscamente en el diván.

—Si han llegado aquí, estarán por alguna parte —exclamó—. Conocéis sus nombres y su aspecto físico, ¿no es cierto?

—Sí, señora.

—Entonces, ¿a qué diablos esperáis? Mientras mis ingenieros construyen otra puerta, vosotros os ocuparéis de encontrar a la pareja. ¿Entendido?

—Sí, señora.

—Y será mejor que traigáis cuanto antes a esos dos terrestres, o de lo contrario, os enviaré a la mina de diamantes.

—¡Pero si ya no hay diamantes! —exclamó Truim ingenuamente.

Iryana le echó a la cara una bocanada de humo.

—Hay picos y palas —contestó.

Los tres agentes salieron disparados. Casi en el acto, entró un individuo elegantemente vestido, con una orla azul en su manto blanco, indicadora de su profesión.

—Me has llamado, Majestad —dijo.

Iryana le miró críticamente.

—Innus, eres el mejor médico de Eweni, pero no has conseguido corregir mi obesidad. Tengo treinta y ocho años y peso ciento treinta kilos. ¿Es que no vas á poder hacer nada por mí?

Innus se inclinó profundamente.

—No, señora —contesto—. Tu obesidad es... incurable.

Iryana lanzó un chillido de furia.

—¡Vete, estúpido, vete! Ya no eres mi médico personal; ve a embaucar a otros con tu falsa palabrería y tus untuosas maneras... Lárgate, imbécil.

Innus se marchó. En la puerta se encontró con el secretario de Energía.

—¿Cómo está la gorda? —preguntó el secretario irrespetuosamente.

—Cada día más gorda y más loca —contestó Innus.

Dero Slur sonrió.

—Eso nos conviene —dijo—. Mientras se ocupe solamente de su gordura, nos dejará en paz.

Innus sonrió también.

—Un día explotará y hará ¡pum! —vaticinó.

—¿Cuándo, Innus?

—Cuando llegue a los ciento cincuenta, Dero.

—¿Falta mucho tiempo?

—Pse, unos veinte o treinta días. A kilo por día, más o menos, ¿sabes?

Dero palmeó los hombros de Innus.

—Serás secretario de Sanidad —prometió. Y abrió la puerta que daba a las habitaciones de Iryana.

—Majestad —informó—, el satélite sigue su órbita normal hacia el sol de Arcadia.

—¿Qué dicen los arcadianos? —preguntó ella.

—Siguen negándose a nuestras peticiones.

—Muy bien, entonces, los abrasaremos vivos.

—Sí, señora.

Dero contempló astutamente a la mujer. Antes de un mes, la gordura habría aplastado a Iryana. Entonces, sería cosa de pensar en su sucesión.

Iryana era viuda y sin hijos. Alguien tendría que ser rey de Eweni y de Arcadia... porque Arcadia, finalmente, acabaría cediendo ante la amenaza de convertirse en polvillo cósmico.

CAPITULO VII

Dos días más tarde, Ark, Eerk y Truim regresaron con una noticia desalentadora.

—Los espías se han marchado —dijo Ark.

—¿Cómo? —gritó Iryana.

—Fueron detenidos por robo de un aeromóvil y condenados a un mes de reeducación. Esta mañana despertaron de su sueño y han sido liberados. No sabemos dónde están, señora.

Aquella misma mañana, King Cothson abrió los ojos.

Lo primero que vio fue la tapa de vidrio de su sarcófago, pero giró a un lado casi en el acto. Un hombre se inclinó sobre él y le echó un chorrito de gas a la cara.

—Listo —dijo el hombre.

Cothson se puso en pie, sin notar la menor debilidad en las piernas, como si acabara de levantarse después de una noche de sueño normal, en lugar de haber dormido un mes.

Mabel se levantó casi al mismo tiempo.

—Estáis libres —dijo el médico—. Ya no volveréis a robar vehículos.

—Sí, señor —contestó Cothson con voz inexpresiva.

Agarró a la muchacha por un brazo y salió a través de la puerta que le había indicado el galeno.

—King, ¿es cierto que nos han reeducado? —preguntó ella temerosamente, al hallarse en el exterior.

—A ti, no sé; a mí, seguro que no. Si necesito un aeromóvil, lo cogeré, sea de quien sea.

Mabel le miro atónita.

—Pero este sueño era...

—Cuando nos lanzaron el gas narcótico, yo pensé fuertemente en que nada ni nadie podría influir en mí. En una palabra, bloqueé mi

mente.

—Yo deseé algo parecido, King.

—Entonces, lo único que sucede es que hemos estado comiendo y durmiendo durante un mes a cuenta del gobierno de Eweni.

—King, dormir, sí, pero comer...

—¿Notas alguna debilidad?

—No; me encuentro perfectamente.

—Entonces es que has comido. O te han alimentado, de la manera que sea, pero, en todo caso, han mantenido tu organismo en forma. Lo cual, como puedes comprender nos conviene admirablemente.

—Para buscar la bomba solar, claro.

—No. La puerta espacial que nos va a devolver a la Tierra.

Mabel suspiró.

—Lástima —dijo—. Y yo que había pensado que querías ayudar a los arcadianos...

—Es que aunque quisiera, no lo conseguiría. ¿Dónde está esa maldita bomba solar, vamos a ver?

—Eso, vamos a ver... a Kaios.

—¿Quién es Kaios?

—El ingeniero autor del proyecto. El es quien sabe todo lo que se debe saber acerca de ese diabólico artefacto, capaz de provocar la novación de un sol.

—Y tú, ¿sabes dónde vive Kaios?

—Sí.

—Claro. Léiste la historieta, ¿verdad?

Mabel no contestó a las sarcásticas palabras de su acompañante. En lugar de decir nada, se acercó al primer transeúnte que se cruzó con ellos.

—Amigo, por favor, ¿puede indicarnos hacia dónde cae la Ruta de las Esferas Celestes? Soy forastera en la capital y...

El hombre tendió un brazo.

—Cuatro calles más abajo, a la derecha —respondió.

—Gracias, buen hombre.

Mabel echó a andar. Cothson, asombrado del desparpajo de la muchacha, acabó por seguirla.

Un cuarto de hora más tarde, Mabel se detenía ante una casa de forma esférica, sostenida por un delgado pedúnculo de sección cilíndrica. Había numerosos ventanales en la casa, a la que se accedía por una escalera de caracol de amplios peldaños.

—Ahí vive Kaios —dijo ella sin vacilar.

* * *

El hombre abrió la puerta y miró extrañado a sus visitantes.

—¿Puedo servirlos en algo? —preguntó.

—Yo soy Mabel. El es King —dijo la chica.

—Hola, Mabel, hola, King —sonrió Kaios.

—Encantado, ingeniero —saludó Cothson.

—Bien, ya me diréis qué...

Cothson empujó a Kaios.

—En casa hablaremos mejor —dijo.

Kaios le miró asombrado.

—Sois unos ladrones —calificó.

—De informaciones que necesitamos y que tú nos vas a facilitar —sonrió Mabel.

—¿Informaciones? —se asombró el ingeniero—. ¿De qué clase? Podéis ir a la Gran Biblioteca; allí encontraréis todo lo que os haga falta.

—¿También nos dirán allí las coordenadas espaciales de la bomba solar con la que estáis amenazando a Arcadia? —preguntó Cothson.

Kaios se puso rígido.

—Agentes de Arcadia —murmuró.

—Más o menos —dijo Cothson con acento trivial.

—No hablaré —gruñó Kaios.

Cothson le miró de pies a cabeza. Kaios era un hombre delgado, de mediana estatura, poca cosa comparado con él, pensó.

De súbito, disparó el puño. Kaios se desplomó fulminado

—Así no hablará —le reprochó Mabel.

—Tú qué sabes —dijo el joven despectivamente.

Minutos después, Kaios estaba sumergido hasta el cuello en una bañera llena de agua. La frialdad del líquido le hizo despertarse.

—Eh, sacadme de aquí...

Una mano le hizo meter la cabeza bajo el agua. Treinta segundos después, Cothson aflojó la presión.

Kaios emergió, tosiendo y espurreando agua.

—Basta, basta... Lo diré todo...

—Mabel, busca algo parecido a papel y lápiz —ordenó Cothson.

La chica obedeció. Momentos después, había anotado las coordenadas de la bomba solar.

—Listos, King —dijo.

—Espera un momento —pidió el joven.

Cothson hurgó unos minutos dentro de la casa. Luego silbó.

—Vamonos, Mabel.

Salieron corriendo. Al llegar al suelo, Cothson dijo:

—He roto todos los cables de los sistemas de comunicación. Kaios tardará un buen rato en avisar de lo sucedido.

—Sí, pero, ¿cuánto tardaremos nosotros en dar con una astronave que nos permita llegar a la bomba solar?

—Tú has leído la historia. ¿Qué hemos de hacer ahora?

—Comer. Estoy desfallecida..., pero no tenemos dinero.

Cothson se echó a reír. Metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes que parecían de tejido de oro.

—Se los quité a Kaios —dijo alegremente.

—¡Y eso que te reeducaron! —se estremeció ella.

—Bah, sólo nos hicieron dormir. Anda, vamos a ver si encontramos algún sitio donde se pueda llenar la tripa.

* * *

Encontraron el restaurante. Era automático y las ranuras servían los platos deseados, en sendas bandejas. Había mesas y ocuparon una de ellas.

Los alimentos eran escasamente variados, pero agradables y nutritivos. Cothson sólo se quejaba de que faltaban dos cosas:

—Un poco de vino y un buen habano para completar la comida.

—No te quejes —le reprochó ella—, todo no se puede tener.

De pronto, un trozo de pared se encendió, transformándose en una gigantesca pantalla de televisión.

—Atención —dijo un locutor—. Dos peligrosos criminales, en los que ha fallado el sistema de reeducación, andan sueltos por la ciudad. Hombre y mujer, jóvenes, ella rubia, él de pelo oscuro. Se llaman King y Mabel. A cualquiera que facilite información sobre su paradero, se le recompensará con la suma de mil «ewens», pagaderos en el acto. Todas las unidades de Policía están provistas de la recompensa, para entregarla a quien, con sus informes, permita la detención de la indicada pareja.

—Sí que han ido rápidos —murmuró Cothson, con los ojos fijos en la mesa.

—Tenemos que hacer algo, King —dijo Mabel con voz angustiada.

—Lo primero de todo, mantener la serenidad. Si nos dejamos llevar por los nervios, estamos perdidos. Ten en cuenta que no seremos la única pareja compuesta por un hombre y una mujer jóvenes, moreno y rubia. Las indicaciones no han sido demasiado precisas, lo cual juega en nuestro favor.

—Sí, es cierto —convino ella, algo más calmada.

—Ahora mismo vamos a salir de aquí y nos separaremos en la puerta. Tú caminarás delante, a unos treinta pasos, y yo te seguiré. En alguna parte debe de haber tiendas en que vendan ropa. Cómprate un pañuelo para el pelo. O algún casquete o gorro... algo, en fin, que te tape el cabello. ¿Entendido?

Cothson pasó unos cuantos billetes por debajo de la mesa.

—Anda y no pierdas la serenidad —dijo.

Mabel se puso en pie. Cothson lo hizo segundos más tarde.

De pronto, al salir, vio que se paraba un aeromóvil patrullero frente a la puerta.

Dos hombres, vestidos con un uniforme que conocía muy bien, se dirigieron hacia el restaurante. Cothson tomó una decisión rapidísima.

—¡Por allí! —gritó, a la vez que tendía la mano en dirección opuesta a la que seguía Mabel.

—Por allí, ¿qué? —preguntó uno de los guardias.

—Los criminales, hombre. King y Mabel... Acaban de dar la vuelta a la esquina. Vamos, corran... Si se dan prisa, todavía pueden alcanzarlos...

Los agentes se dispusieron a seguir la falsa pista. Cothson les retuvo un instante todavía.

—¿Qué hay de la recompensa? —preguntó.

Uno de los guardias sacó del bolsillo diez hojas de papel dorado y se las entregó al joven.

—Ahí va la recompensa —sonrió—. Gracias, amigo; es usted un buen ciudadano.

—No lo dude, guardia.

Los dos policías saltaron a su aeromóvil y partieron a escape. Cothson, con los billetes en la mano, les miró sonriendo un instante y luego dio media vuelta para seguir a la chica.

Mientras caminaba, examinó el dinero. Ya conocía el nombre de la unidad monetaria de Eweni. Ahora tenía diez billetes y por los dibujos y signos que había grabados en su superficie de áureo tejido, supo que cada uno de los billetes valía cien «ewens».

Minutos después, vio a Mabel meterse en un local.

CAPITULO VIII

—Y ahora, ¿qué? —dijo Cothson media hora más tarde, mientras caminaban a lo largo de una anchurosa avenida.

—¿Qué, qué? —preguntó Mabel, extrañada.

—Que qué es lo que sigue. Tu leíste la historia; ahora tienes que decirme lo que debemos hacer.

Mabel se mordió los labios.

—Debemos apoderarnos de una astronave para llegar al satélite que contiene la bomba solar —dijo.

—Y... ¿dónde está esa nave?

—En el astropuerto, por supuesto. Pero no podemos entrar allí.

—¿Por qué?

—Ya han dado orden de reforzar las guardias. En estos momentos, varios miles de soldados están tendiendo una valla infranqueable que impedirá el acceso a toda persona no debidamente controlada.

—Entre los cuales figuramos tú y yo, como es lógico. ¿Alguna idea para salvar la situación?

—Sí, una.

—Habla de una vez, mujer —rezongó él.

—El comandante del astropuerto.

—Un secuestro, ¿eh?

—No. Tienes que convencerlo tú para que te deje pasar al recinto. Lo que se ha de secuestrar es la nave espacial.

—Y, ¿cómo debo convencer yo al comandante del astropuerto de que me deje pasar? ¿Invitándole a un par de tragos de vino?

—Quizá sí, aunque no sé si le gustará a la coronel Velyssa.

—¿Cómo? ¿Una mujer?

—Sí..., pero no sé darte más detalles...

Cothson reflexionó unos instantes. A veces le parecía ser una marioneta que se movía según los deseos del ser invisible que tiraba de los hilos. ¿Por qué tenía él que buscar ahora a una mujer, coronel y, además, comandante del astropuerto? ¿Joven, vieja, alta, baja, gorda, delgada...?

—Con lo bien que estaba yo en la Tierra sin meterme en líos —rezongó.

Y, de pronto, se dio cuenta de que Mabel estaba parada, hablando con un individuo.

A los pocos momentos, la chica, cuyos cabellos estaban ahora cubiertos por completo por una especie de casquete de color dorado, muy ceñido, se separó del individuo para reunirse de nuevo con Cothson.

—Ya está —dijo.

—¿Has averiguado dónde vive la coronel Velyssa?

—No, tonto; he preguntado por la dirección de un buen hotel. No vamos a pasarnos el día caminando por la calle, ¿verdad? Anda, está muy cerca.

Cothson elevó los brazos al cielo, en señal de resignación. A los pocos minutos, entraban en un hotel, cuyo vestíbulo les pareció el summum de la austeridad, aunque los escasos muebles que se veían eran de excelente calidad.

Pero no había mostrador de recepción. En su lugar, había un enorme tablero, con numerosas luces rojas y verdes.

—Luz roja, habitación ocupada —dijo Mabel—. Verde, habitación libre. Precio, diez «ewens» diarios. Dame dos "billetes de cien, King.

Cothson obedeció. Mabel introdujo los billetes por una ranura y luego bajó dos teclas.

Dos luces verdes, contiguas, se hicieron rojas de pronto. Dos llaves salieron por otra ranura.

—Habitaciones seis y siete, tercer piso —dijo ella.

—Parece como si toda la vida hubieras vivido en Eweni —comentó Cothson.

—Aquel individuo me explicó cómo funcionaba el asunto —sonrió

la chica.

* * *

Llamaron a la puerta. Cothson, envuelto en una toalla de baño, cruzó su cuarto y abrió.

—Ya lo sé —anunció la muchacha.

—Eres lista —sonrió él, a la vez que se echaba a un lado.

—Me muevo bastante, eso es todo. Tienes que ir al número seiscientos treinta y tres de la Vía de los Cuarenta Soles. Allí vive Velyssa.

—Oh, sí, muy sencillo...

—Por supuesto —cortó ella el burlón comentario que estaba a punto de brotar de los labios de Cothson—.

Aquí tienes un croquis. Puedes empezar cuando gustes. Yo permaneceré en mi habitación toda la noche.

De pronto, Cothson se sintió invadido por una súbita sospecha, aunque se abstuvo de formularla en voz alta.

—Muy bien, iré a vestirme en seguida —dijo.

Entró en el baño y se puso las ropas. Momentos después, se disponía a abandonar el hotel.

—Ve a pie. Así llegarás casi al mismo tiempo que Velyssa —aconsejó Mabel.

—Muy bien.

Cothson descendió a la planta baja y salió a la calle. Un hotel singular, se dijo, en el que el servicio era completamente automático. Así se ahorran los nada desdeñables gastos de personal.

Con el croquis en la mano, se orientó sin dificultad por las anchas avenidas de la ciudad. Iba abstraído en sus pensamientos, de modo que no se dio cuenta que un sujeto que se cruzaba con él le miraba penetrantemente.

A Truim le dio el corazón un salto en el pecho. Increíble, se dijo; había tenido la racha de suerte que había deseado desde el primer momento. Allí estaba el espía terrestre...

Inmediatamente, dió media vuelta y procuró seguirle, sin ser visto. Era preciso averiguar sus intenciones.

Treinta minutos más tarde, Cothson se detuvo ante una casa esférica, sostenida por una columna. Inspiró fuertemente. «¿Cómo diablos entro yo en materia con la coronel Velyssa?», se preguntó.

La puerta que había al final de la escalera de caracol se abrió. Una mujer apareció ante sus ojos.

—Hola —dijo Velyssa.

Cothson parpadeó. «Esto sí que no me lo esperaba», se dijo.

Y subió hacia la hermosa mujer que aguardaba en el umbral

—Me han dicho que venías a verme —sonrió Velyssa.

—Un pajarito, sin duda.

La cálida mano de Velyssa se apoderó de una de las de Cothson.

—Entra —dijo con suave voz—. La mesa está puesta.

* * *

Velyssa se levantó, tomó la botella y llenó la copa de su huésped, inclinándose mucho hacia adelante.

Cothson la contempló con ojos calculadores. ¿Cómo sabía ella que iba a acudir a su casa?

—Puedo prepararte una astronave —dijo Velyssa—. Pero no te daré el pase para entrar en el astropuerto.

—¿Demasiado comprometido?

—Sí.

Ella le miraba sonriendo. Debía de andar por los treinta años y era una hermosa mujer.

—¿No te has casado? —preguntó Cothson.

—¿Interesa ahora ese detalle?

Cothson tomó un sorbo de vino. Luego se puso en pie y estrechó en sus brazos el esbelto talle de la joven.

—Eres muy bella —murmuró.

—Y tú... tan arrogante... —suspiró Velyssa.

Más tarde, tomaron otra copa de vino.

—La nave que, oficialmente, estará preparada, es la número cuatro de la hilera Sudoeste —indicó ella—. Entra, pero sal por la escotilla del lado opuesto. Apodérate de la nave número cinco.

—Entendido. Ahora bien, dime, ¿cómo he de llegar al astropuerto?

—No hay más que una ruta de acceso, aparte de las puertas de entrada, que no podrás utilizar, lógicamente. Espera un momento.

Velyssa se levantó, se acercó a la pared y apretó un botón.

Un lienzo del muro, de casi cuatro metros cuadrados, apareció en el acto ante los ojos del joven. Cothson se incorporó, asombrado.

La imagen era una fotografía aérea del astropuerto, en el que se veían las instalaciones y un sinnúmero de astronaves, estacionadas en largas hileras. Velyssa señaló la hilera correspondiente a la nave que Cothson y Mabel debían utilizar.

—Tendrás que llegar hasta aquí, pero, repito, sin usar las puertas —insistió.

—Entonces, no veo la forma...

—Mira lo que hay al pie de la imagen.

Cothson contempló una larguísima raya de trazado casi recto, aunque zigzagueante en algunos puntos, que se ensanchaba gradualmente hacia la parte inferior izquierda de la imagen. De pronto, Velyssa movió un botón y la raya se ensanchó.

—Es la Gran Hondonada —explicó ella—. Tiene una anchura máxima de cuatrocientos metros y una profundidad de cuatro kilómetros. Esa grieta es el límite meridional del astropuerto... precisamente el único sitio donde no se han instalado vallas ni centinelas.

—Cuatro kilómetros. —Cothson sintió que se le ponían los pelos de punta.

—Por lo menos. Y, además, las paredes son verticales. De modo que si quieres apoderarte de una nave, tendrás que franquear la Gran Hondonada.

—Pero, ¿cómo?

Velyssa encogió sus bellos hombros.

—Ah, eso es cosa tuya. Bastante hago yo con preparar la nave.

Cothson entornó los ojos.

—Dime, Velyssa, ¿por qué lo haces? —quiso saber.

Ella sonrió.

—No hagas más preguntas —contestó—. ¿Has quedado satisfecho de mi hospitalidad?

—Pero no de tu discreción.

Velyssa volvió a reír.

—Anda, es hora ya —dijo.

Cothson se dirigió hacia la puerta. Desde allí, se volvió y miró a la mujer.

—Una velada encantadora —calificó.

—Estoy plenamente de acuerdo contigo —respondió Velyssa.

Cothson salió. Ahora, más que nunca, le parecía ser una marioneta, de cuyos hilos tiraba alguien cuya identidad no se sentía capaz siquiera de imaginar.

Estaba implicado, sin él saberlo, con el servicio de espionaje de Arcadia?

En todo caso, era preciso reconocer que los arcadianos eran más inteligentes de lo que los ewenitas querían concederles. Y aunque no le gustaba que le tomasen como un simple peón de una partida de ajedrez, tenía la sensación de que no podía evitarlo.

Debía seguir adelante, se dijo, a la vez que ponía los pies en el suelo.

Un instante después, algo le golpeó duramente en la cabeza.

Surgieron miles de estrellas ante sus ojos. Después, todo se hizo negro a su alrededor.

—Bueno, ya está —dijo Truim, satisfecho, a la vez que miraba a sus compañeros Ark y Eerk.

CAPITULO IX

El cuerpo inanimado fue lanzado al suelo sin ninguna ceremonia. Unos ojos rodeados de grasa lo contemplaron con interés.

—De modo que ése es el espía —dijo Iryana.

—Sí, Majestad —contestó Ark—. El mérito de la captura debe recaer sobre Truim. El ha sido quien...

Iryana movió su gruesa mano.

—Está bien, basta de explicaciones. Aguardad afuera; quiero hablar a solas con el espía —dijo.

—Majestad, puede ser peligroso...

—¡Largo! —tronó la mujer.

Ark y sus compañeros salieron. Iryana contempló un instante el rostro del hombre desvanecido. Un profundo suspiro brotó de su vasto pecho.

—¡Qué guapo es! —murmuró.

Luego se acercó a una mesa, en la que había una jarra de metal plateado y vertió su contenido sobre la cara de Cothson. A los pocos segundos, el terrestre empezó a dar señales de vida.

Cothson abrió por fin los ojos.

—¡Señora Harlan! —gritó—. Yo no tengo sus esmeraldas...

—¿Qué estás diciendo? Yo no me llamo así, muchacho.

Cothson se sentó en el suelo. Paseó la vista a su alrededor y, de golpe, comprendió lo ocurrido.

—Soy Iryana —dijo la mujer con orgullo.

—Debiera decir que es un placer conocerte, señora, pero no me gusta mentir.

—Claro, no puedes sentir placer al contemplar a una mujer de mi... calibre —rió ella burlonamente—. Te gustan más finitas, ¿eh?

—No creo que me hayas traído aquí para hablar de mis gustos

personales en materia femenina —respondió Cothson—. ¿Qué quieres de mí?

Iryana puso un cigarrillo en la boquilla.

—Vaya, pero si fumas y todo —dijo Cothson, estupefacto.

—Me gusta el tabaco de la Tierra. Fuma tú, si te apetece; tengo cigarrillos de sobra.

—Te los traen tus espías, ¿eh? —murmuró el joven, a la vez que se ponía en pie—. Y, dime, además de un cigarrillo, ¿puedo tomar un trago?

—Claro. Quizá así hables más fácilmente.

—¿Harás que me torturen si no suelto la lengua?

—Por supuesto. —Iryana tomó asiento en un enorme sillón y cruzó las piernas—. De modo que te han traído aquí para destruir nuestra bomba solar.

—Eso dicen, señora. —Cothson chasqueó la lengua—. Buen vino, señora —elogió.

—Algunos vinos ewenitas son mejores que los terrestres. ¿Por qué diablos te has metido en este asunto?

—Me metieron en él a la fuerza, que no es lo mismo. ¿Por qué queréis conquistar Arcadia?

—Hay muchas materias primas. Las necesitamos —respondió Iryana fríamente.

—Eso lo justifica todo. Pero si quemáis el planeta, perderéis las materias primas.

—Estamos dispuestos a correr el riesgo. Ya exploraremos el espacio y encontraremos otro..., pero después de que todos sepan la suerte que habrá corrido Arcadia, nadie se negará a nuestras peticiones.

—Comprendo. Iryana, ¿cuántos kilos pesas?

Ella se sobresaltó.

—¿Por qué diablos lo preguntas? —exclamó.

—Mera curiosidad. ¿No te atreves a responder?

—Ciento treinta. Mi médico personal no encuentra la forma de hacerme perder peso.

Cothson contempló críticamente a la mujer.

—Eres joven todavía —dijo.

—Treinta y ocho —respondió Iryana escuetamente.

—Además, eres viuda. Si no fueses tan gorda, ya habrías encontrado un nuevo marido.

—¿Quién quiere casarse con una mole de grasa?

El terrestre bebió de nuevo.

—Apostaría doble contra sencillo a que tu obesidad es debida a una deficiencia glandular —dijo.

—¿Cómo?

—Voy a hacer un pacto contigo, Iryana. Déjame llegar hasta el satélite de la bomba y garantizo que antes de seis meses tienes una silueta escultural.

Iryana entornó los ojos.

—¿Cómo lo harías? —preguntó.

—Lo siento. No diré nada, hasta que hayamos acordado el pacto.

Los ojos de Iryana chispearon. De pronto, lanzó un poderoso grito:

—¡Ark!

La puerta se abrió. Ark y sus dos compañeros aparecieron en el umbral.

—Este hombre debe morir inmediatamente —ordenó Iryana.

Ark se inclinó.

—Así se hará, Majestad —contestó.

* * *

—Menos mal —gruñó Dero Slur.

—Ya se me ponían los pelos de punta —dijo Innus.

—Bueno, ella ha sabido reaccionar. —Slur sonrió—. Oye, ¿no

podrías anticipar...?

—No. Las cosas deben ocurrir de una manera enteramente natural. Ella fallecerá porque su corazón no podrá soportar la grasa que lo envuelve.

—¿Cuándo?

Innus hizo un gesto vago.

—Veinte días, veinte kilos más... Al llegar a los ciento cincuenta, aproximadamente, su corazón hará «crack».

Slur le palmeó los hombros.

—Gracias, ministro —dijo.

* * *

—Ponte ahí —ordenó Ark.

Cothson obedeció. Ya amanecía.

Estaba en un pequeño patio, de altos muros, a través del cual se veía un trozo del cielo.

Ark, Eerk y Truim preparaban sus armas. Cothson no les miró siquiera.

—¿Listos? —dijo Ark.

—Listos —contestaron los otros dos al mismo tiempo.

—¡Fuego!

Tres pistolas restallaron. Cothson se estremeció vivamente, dio un par de pasos vacilantes y rodó por tierra.

—Bueno, Su Majestad habrá quedado satisfecha —dijo Ark.

—Y a nosotros se nos han quitado las preocupaciones de encima —comentó Eerk.

—Todavía no. Aún hemos de vigilar la reconstrucción de la puerta espacial —les recordó Truim.

Había un ataúd en un rincón del patio. Mientras Ark y Truim colocaban en el féretro el cuerpo del reo, Eerk fue en busca de un aeromóvil.

Minutos más tarde, el aparato se elevaba en el aire.

* * *

King Cothson levantó la tapa del ataúd y respiró la fresca brisa de la mañana.

Incorporándose un poco, miró a su alrededor. Estaba en una profunda cueva, a través de la cual entraba la luz.

—Pero, ¿me han fusilado de veras? —se preguntó.

Recordaba perfectamente el estallido de los disparos y el impacto de los proyectiles en su pecho. Luego había perdido el sentido.

Salió del ataúd. En una de las paredes de la cueva divisó un par de botellas y comida.

Una de las botellas contenía agua. Tenía sed y bebió un largo trago. Luego comió un par de bocadillos de algo que parecía pan y carne. Un poco de vino, acabó de entonarle.

En el hueco divisó también cigarrillos y fósforos. Encendió un pitillo.

—Si esto son las tumbas ewenitas, no cabe duda de que disponen de todas las comodidades —murmuró.

Al cabo de un rato, se asomó a la boca de la cueva.

Una chispa de luz ascendió a las alturas. Cothson se dio cuenta de que estaba viendo el astropuerto, desde unos tres kilómetros de distancia.

A mil quinientos metros, estaba la Gran Hondonada. Se estremeció al pensar en la travesía de aquella colosal grieta.

Desde su observatorio, podía ver que la Gran Hondonada se perdía en ambos sentidos, sin que su final se viera en el horizonte.

—Lo malo es que de alpinista no tengo nada —se dijo.

El pecho le picaba. Se abrió la blusa y vio en la piel tres puntitos rojizos, encima del corazón.

—Tenían buena puntería —comentó.

Entornó los ojos. ¿Por qué habían usado solamente balas anestésicas?

El instinto le dijo que debía aguardar. Entró en la cueva otra vez, se tumbó en el suelo y procuró dormir.

Una voz le despertó horas más tarde:

—¡Arriba, perezoso!

Cothson se sentó.

— ¡Mabel!

La chica entró y se arrodilló a su lado.

—¿Estás bien, King? —preguntó.

—He pasado un miedo espantoso. Tú no sabes lo que es verte ante tres pistolas...

—Estaban cargadas con proyectiles anestésicos.

—¿Lo sabían ellos?

—No, claro.

Cothson entornó los ojos.

—Estoy pensando en una cosa —dijo.

—¿Sí, King?

—Él espionaje arcadiano funciona a las mil maravillas.

Mabel sonrió de un modo extraño.

—Puede que tengas razón —contestó.

Cothson la miró de arriba abajo.

—Nadie diría que no eres una terrestre —manifestó—. ¿Cuánto tiempo llevabas en la Tierra?

—Oh, un año, más o menos.

—No cabe duda, supiste aprovechar bien el tiempo. Sospecho que ni siquiera eras redactora del *Trumpet*.

Mabel sonrió.

—Algo tenía que decir, ¿no crees?

—Indudablemente. Pero hay algo que no logro entender, Mabel.

—Dime, King.

—¿Por qué hablo yo vuestro idioma?

—Lo aprendiste instantáneamente al cruzar la puerta espacial, aunque debo serte franca: yo no había pensado en traerte a Eweni de aquella manera.

Cothson se dio una palmada en la frente.

—¡Mundo de maravillas! —exclamó—. Y ahora, explícame algo que me tiene muy intrigado.

—Habla —invitó la chica.

—Hemos de entrar en el astropuerto, después de haber salvado la Gran Hondonada. Pero, ¿cómo pasaremos al otro lado?

—Propulsores individuales, hombre. Parece mentira que no se te haya ocurrido una idea tan sencilla —contestó Mabel.

CAPITULO X

—¿Sabes? Estoy pensando desde el primer momento en que soy una especie de marioneta, manejada por alguien que actúa a su capricho.

—No andas muy desencaminado, King —respondió Mabel, mientras inspeccionaba los atalajes del propulsor individual de Cothson—. Pero te necesitábamos.

—¿Por qué?

—Eres el único hombre capaz de desactivar la bomba solar. Lo que, en realidad, no define exactamente lo que deberás hacer, una vez hayamos alcanzado el satélite portador de esa bomba.

—Bien, ¿y qué he de hacer entonces?

—Ya hablaremos en otro momento. ¿Sabes cómo se maneja un propulsor individual?

Cothson miró de reojo la palanca que sobresalía de su hombro derecho. Mabel, equipada de la misma forma que él, se situó a su lado para enseñarle el manejo de los controles.

—Según oprimas más o menos fuerte esta especie de gatillo, el propulsor subirá a mayor o menor altura. Las variaciones de rumbo se efectúan moviendo la palanca en el sentido requerido. En cuanto a la velocidad de traslación, se consigue adelantando o atrasando el mango con la culata. ¿Entendido?

—Sí, aunque me gustaría hacer una prueba antes de ese saltito de trescientos metros... y cuatro mil de profundidad.

—Muy bien, es de noche y nadie nos verá. Salgamos fuera de la cueva.

Cothson caminó con cierta dificultad, ya que el aparato era bastante pesado. La cueva se hallaba al pie de un muro de roca, en donde empezaba una vasta llanura, cortada por aquella colosal grieta que se perdía de vista en ambos sentidos.

Apretó suavemente el gatillo. El aparato le levantó a unos metros del suelo. Mabel volaba a su lado, para darle indicaciones, corrigiendo sus movimientos.

—Lástima que no fuese de día y que la puerta espacial esté destruida —dijo él.

—Serías capaz de marcharte.

—Puedes tenerlo por seguro, preciosa —refunfuñó él.

—Entonces, no tendrías el premio que te concederán cuando hayas desactivado la bomba.

—¿Qué premio?

—Oh, es un secreto...

—Ya lo sé. Una medalla y dos palmadas en la espalda. ¡Bah!

Ella le miró con ojos de reproche.

—No te portas bien con nosotros...

—Escucha, han estado a punto de fusilarme...

—Pero estás vivo.

—Eso. ¿Y por qué estoy vivo?

—Después de tu «ejecución», alguien, por supuesto no los mismos que te fusilaron, te trajo aquí. Ellos te entregaron digamos al sepulturero, ¿entiendes?

—Sólo en parte, pero tampoco me preocupo demasiado. Bueno, para cruzar esos tres o cuatrocientos metros, estoy listo.

—Bien, vamos.

De los nueve satélites de Eweni, había tres en el cielo en aquellos momentos y dos asomaban por el horizonte. La luz, dado el relativo poco tamaño de aquellos cuerpos celestes, era comparable a la de la luna llena en la Tierra.

En pocos momentos, se acercaron a la grieta. Un sordo rumor llegó de pronto a los oídos de Cothson.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—El río de la Muerte. Corre abajo, en el fondo de la grieta.

—Vaya un nombrecito. Le deben de llamar de esa forma, porque el que cae en sus aguas, no sobrevive.

—Exactamente.

Ya habían franqueado el borde de la grieta. Abajo todo era oscuro, de una negrura absoluta. Las paredes del colosal precipicio hacían el efecto de caja de resonancia para el ruido del torrente.

De pronto, cuando ya habían recorrido la mitad del trayecto, Cothson se sintió caer a plomo.

* * *

A pocos pasos de él, sonó un grito de espanto:

—¡King, fallan los motores! —gritó Mabel.

Cothson apretó desesperadamente el gatillo que hacía ascender al aparato. Sus esfuerzos resultaron estériles.

El viento empezó a rugir en sus oídos. Falto de dirección, empezó a dar volteretas en el espacio.

Mientras caía, se preguntó cuánto tiempo tardaría en llegar al río de la Muerte. Eran cuatro kilómetros...

—¡Alguien nos ha engañado, King! —gritó Mabel desesperadamente.

—¿Qué esperabas? ¿Piensas que los ewenitas son tontos?

La caída continuaba. Arriba, en el borde, de la hondonada, Innus, Slur y dos hombres armados rodeaban a una mujer.

Velyssa tenía la cara horriblemente blanca. Slur, a su lado, sonreía con perversa expresión.

—Gracias por los informes que nos has proporcionado —dijo.

—A la fuerza —contestó ella.

—Sí, pero el resultado ha sido el mismo. Velyssa, buen viaje.

Súbitamente, Slur disparó el pie y alcanzó a la joven en la espalda. Velyssa, lanzando un horrible chillido, se precipitó en el vacío.

—Asunto liquidado —dijo, volviéndose hacia Innus.

Los guardias permanecían inmóviles.

—Sigan aquí —ordenó Slur.

—Sí, señor —contestó uno de los soldados, situado junto a un aparato que tenía la forma de un pequeño cañón, con una antena de rejilla en el extremo del tubo.

Slur e Innus se alejaron. El soldado, distraídamente, se apoyó en el aparato.

Las ondas de interferencia de los motores de propulsión cesaron en el acto.

Gord Vritt deseó que los portadores de los propulsores no hubieran llegado todavía al fondo.

Cothson seguía cayendo. Debía de haber recorrido ya tres mil quinientos metros, calculó.

Desesperadamente, apretó el gatillo una vez más. De pronto, le pareció sentir un leve tirón en la espalda.

Insistió. La velocidad de caída se redujo considerablemente.

—¡Mabel! ¡El propulsor funciona! —aulló.

La chica le oyó. Casi lloró de alegría al darse cuenta de que aún podían salvarse.

Pero el aparato, sin embargo, no se elevaba. Aunque a poca velocidad, seguían descendiendo.

—Mabel, ¿me oyes? —gritó Cothson.

—Sí, King.

—Vamos a caer al río. En cuanto toques el agua, quítate los arneses. Déjate llevar por la corriente, ¿entiendes?

El río estaba a doscientos metros. Súbitamente, oyeron algo parecido al alarido de una sirena.

Era el grito de una persona que descendía velozmente de las alturas. Una sombra fugaz pasó junto a los dos jóvenes.

Instantes después, oyeron el choque de un cuerpo contra las aguas. A Cothson se le pusieron los pelos de punta.

—¿Quién habrá sido el desgraciado...?

Pero el río estaba cada vez más cerca. A pesar de la oscuridad, ya tenía las pupilas habituadas y pudo distinguir la zona algo más clara

de la corriente de agua.

Ahora su velocidad de descenso, estimó, debía de ser la de un paracaidista corriente. Un segundo más tarde, pegó un puñetazo a la hebilla de desenganche automático.

Los arneses se soltaron. Cothson se hundió en el agua.

Estaba terriblemente fría y su corriente era muy fuerte. Taloneó con fuerza y emergió a la agitada superficie.

—¡Mabel, Mabel!

—Aquí... King...

Cothson nadó con furia. Mabel parecía hundirse y la agarró por el pelo. Ella metió las manos bajo el agua y consiguió quitarse el arnés del propulsor.

—Suéltame, King.

El joven obedeció.

—Déjate llevar por la corriente —dijo—. Tarde o temprano, llegaremos a algún sitio donde poner el pie.

Movía los brazos sólo lo justo para mantenerse a flote. Pero la corriente era fortísima; en ocasiones, calculó, debían de ir a más de cuarenta kilómetros por hora.

De repente, oyó una variación en el ruido del torrente. Delante de ellos se alzaba una negra boca. El río se precipitaba en el túnel con fuerza incontenible.

Un horrible estruendo les ensordecía. En medio de una absoluta oscuridad, se dejaron llevar por aquellas aguas, sintiendo que el frío les calaba poco a poco.

Cothson empezó a sentirse pesimista. Sus fuerzas se agotarían, perderían el conocimiento y...

Transcurrió un tiempo cuya duración no supo calcular. Cothson ya no sabía si Mabel vivía o se había ahogado.

De pronto, se sintió lanzado hacia adelante, como disparado por un obús gigantesco. Las espumeantes ondas de la catarata lo envolvieron como una simple ramilla.

Se hundió de nuevo y una vez más surgió a la superficie.

Pero el ruido había cambiado de tono. Era menos intenso.

Y, además, había luz.

Distinguió una especie de playa y braceó en aquella dirección. De pronto, algo le golpeó un costado.

Era la cabeza de una mujer. Cothson la agarró por los pelos y tiró de ella. Instantes más tarde, chocaban contra la orilla.

Agotado, exhausto, gateó sin soltar los cabellos de la mujer. La poderosa corriente del río quedó atrás.

Estaba ya en lugar seguro. Mabel, sin embargo, se había ahogado.

Puso una mano en el pecho de la joven. El corazón no latía.

Durante unos segundos, permaneció como atontado, sin querer reconocer la realidad.

—Mabel ha muerto —dijo, casi con un sollozo.

De repente, un grito sonó en las inmediaciones:

—¡King, King! ¿Dónde estás? ¡Contéstame, pronto!

CAPITULO XI

Cothson creyó que soñaba.

—¡Mabel!

La chica corrió hacia él y se le abrazó impulsivamente.

—No puede ser —dijo Cothson—. Estás muerta... Yo te he sacado a rastras del río...

—Estoy viva, King; nos hemos salvado de milagro...

Cothson empezó a comprender.

Lentamente, volvió la vista hacia el cuerpo inmóvil que yacía a unos pasos de distancia.

La luz de los satélites llegaba con cierta intensidad al fondo de la hondonada, que en aquel punto tenía mayor anchura que en la zona situada junto al astropuerto. Cothson distinguió unos rasgos familiares en aquellas deformadas facciones de la mujer muerta.

Entonces recordó el alarido y el bulto que había pasado junto a ellos cuando caían al abismo.

—¡Velyssa! —exclamó—. ¡La han asesinado!

Mabel lanzó un gemido. Gateando, se acercó al cadáver.

—¿Por qué? Oh, ha debido de ser una muerte horrible.

—La misma que nos reservaban a nosotros —contestó Cothson sombríamente—. Una caída desde cuatro mil metros, pero que tú y yo hemos conseguido detener, aún no sé cómo, en los últimos instantes.

Sin embargo, no era hora de pararse en elucubraciones acerca de la forma en que estaban vivos. Lo importante era mejorar sus condiciones de vida en aquellos momentos.

La temperatura era notablemente baja en aquellas profundidades. Pero había una gran ventaja y era que la hondonada se hacía de mayor amplitud y entraba más luz de los satélites en el fondo.

Sus pupilas estaban habituadas ya a la oscuridad. Cothson no era hombre que se dejase amilanar por las dificultades. Velyssa estaba muerta y ya no podían hacer nada por ella. Ahora, su deber era

continuar sobreviviendo.

Divisó árboles a cierta distancia. El lugar no debía de ser muy concurrido, pensó. Las ropas se les habían mojado, pero ya empezaban a secarse, debido al tejido de que estaban hechas. Sin embargo, la noche era muy fría y a ello debían añadir el prolongado tiempo de permanencia en el río.

—Espérame aquí, Mabel —dijo.

Cothson echó a andar hacia los árboles. Media hora más tarde, volvió con un gran brazado de ramas secas, que depositó en el suelo.

—¿Cómo encenderás el fuego? —preguntó ella.

—Lo sabrás en seguida —sonrió Cothson—. Tengo fósforos, pero naturalmente, están mojados.

Mabel le vio desmenuzar con las manos unos trocitos de ramas, evidentemente muy secas, hasta reducirlas a polvo. Luego vio que golpeaba dos piedras varias veces.

Saltó una chispa y prendió en la improvisada yesca. Cothson sopló suavemente para extender la brasa.

Fue suficiente. Un cuarto de hora más tarde, ardían las ramas. Mabel extendió las manos hacia las llamas, de las que se desprendía un grato y cálido resplandor.

—Me siento revivir —dijo.

Pero casi inmediatamente, se acordó del cadáver que yacía a pocos pasos y se entristeció.

—King, ¿cómo lo supieron? —preguntó.

—No tiene nada de particular —respondió él—. A mí me sorprendieron al salir de su casa. Es de suponer que sospecharan de ella y que, de un modo u otro, la hicieran hablar.

—Así supieron que íbamos a cruzar la Gran Hondonada por medio de propulsores individuales.

—Claro.

—Debieron de usar un interferidor que paralizó los motores de nuestros propulsores —supuso ella—. No es nada difícil, si se tiene en cuenta que eran motores eléctricos.

—Sí, pero funcionaron después, aunque a menor potencia.

—La misma estrechez de la grieta debió de anular en buena parte la labor de interferencia, aunque no consiguió un completo funcionamiento de los motores. De otro modo, podríamos haber ascendido nuevamente, por otro sitio, desde luego.

—Es probable que haya sido así. De todas formas, estamos vivos, que es lo principal. Sigue ahí, Mabel; voy a buscar más leña.

* * *

Por la mañana, Mabel despertó. Entonces vio que Cothson no estaba, ni tampoco se veía el cadáver de Velyssa.

Alarmada, se puso en pie. No tardó en divisar a Cothson, al pie de un grupo de altas rocas, realizando una extraña labor.

Cothson vino poco después.

—La he tapado con piedras —dijo—. No tengo herramientas para cavar una tumba.

—Comprendo —dijo ella—. King, ¿cómo nos las arreglaremos para salir de aquí?

—¿Qué dice la historieta? —preguntó Cothson.

—No lo sé... Parece como si se hubiera quebrado la línea argumental... Teníamos que haber llegado al astropuerto...

—Pero estamos aquí, en el fondo de esta hoya. ¿Te has dado cuenta de sus dimensiones?

Mabel miró a su alrededor. El túnel por el que pasaba el río estaba a unos cuatrocientos metros, a un nivel superior al de la playa en treinta o cuarenta metros. Las aguas salían por allí con terrible ímpetu, pero era más debido a la pendiente de su lecho que al hecho de liberarse de una presión que, en realidad, no existía, ya que la bóveda del túnel quedaba a diez o doce metros sobre las aguas.

La anchura del colosal conducto era de cincuenta o sesenta metros por lo menos y se abría al pie de un paredón rocoso, casi vertical, cuya sola contemplación daba vértigo. La hondonada, sin embargo, se ensanchaba considerablemente a partir de aquel punto y sus paredes, aun teniendo cotas análogas, eran de pendientes mucho más suaves.

—Podremos subir por allá arriba...

—Tal vez —dijo Cothson, dubitativo.

—¿Por qué no? Es un medio muy bueno de escapar de aquí.

—Mabel, ¿sigues insistiendo en inutilizar la bomba solar?

—Por supuesto.

—En tal caso, vamos a escapar de aquí, precisamente por el sitio donde menos esperan que lo hagamos.

—¡Pero si piensan que estamos muertos!

—¡Hum! Mientras tú dormías yo he explorado un poco el túnel, ¿sabes?

—¿Has estado allá adentro? —se espantó la chica.

—Sí, pero no he ido muy lejos. Me faltaba algo muy importante.

—¿Qué era, King?

—Luz. Puede que no lo creas, pero es muy probable que hayamos recorrido más de veinte kilómetros desde el punto de caída. Y, ¿qué quieres? Si yo fuese Iryana, procuraría cerciorarme de que estamos muertos y bien muertos.

—¿Crees que puedan venir aquí? —preguntó Mabel, aprensiva.

—Quizá no tarden mucho. Ahora, probablemente, están explorando el fondo de la grieta. Si no encuentran nuestros cuerpos en alguna de las orillas, es probable que alguien tenga la idea de venir aquí. Y nosotros nos vamos a ir antes de que lleguen.

—¿Qué camino seguiremos, King?

—Ya te lo he dicho: el túnel. Pero necesitamos luz. Guarda un poco.

Una vez más, Cothson se fue hacia los árboles, de donde regresó media hora más tarde, con una docena de ramas largas y de cierto grosor, muy secas todas ellas.

—Vamos —dijo.

Mabel le siguió, dándose cuenta de que Cothson pisaba en el agua, a fin de no dejar huellas. Poco antes de llegar a la catarata que brotaba del túnel, Cothson giró a la izquierda, trepando por unas rocas en las que no quedaban señales de sus pisadas.

Un cuarto de hora más tarde, Mabel, admirada, se hallaba ante la entrada del túnel, a siete metros por encima de las aguas. En la pared vertical había un resalte, como una cornisa, que tendría un metro de anchura y permitía mantenerse sobre ella sin dificultades.

Al otro lado de la boca del túnel, todo era oscuridad. Cothson había secado ya sus fósforos y prendió fuego a una de las ramas.

—Ya tenemos luz —dijo sonriendo, a la vez que echaba a andar.

Dentro del túnel, el estruendo era aterrador. Alguna vez, Mabel miró a las aguas espumeantes que corrían bajo ellos con enorme velocidad y se preguntó cómo habían logrado sobrevivir.

De pronto, Cothson se paró y señaló algo en la pared.

—Mira —dijo.

Los atónitos ojos de Mabel contemplaron la flecha indicadora, grabada en la roca viva, quizá miles de años antes. Cothson continuó andando.

Mabel comprendió que aquel camino debía de haber sido construido por una raza primitiva muchos siglos antes, como un medio de comunicación con otros territorios o, simplemente, para escapar al acoso de otros seres de tribus o bandos rivales. Pero iban a salir a la zona más angosta de la grieta y ello la preocupaba enormemente.

¿Cómo iban a ascender por aquel farallón perpendicular, que medía cuatro kilómetros de altura?

Las señales continuaban apareciendo a intervalos periódicos. Las antorchas se consumían con cierta rapidez, pero el repuesto les permitía no carecer de luz en ningún momento.

Al fin, Cothson se detuvo y señaló un punto de luz a lo lejos.

—Ya estamos llegando al final —dijo.

—Estoy rendida —se quejó ella.

—Sólo has caminado seis kilómetros. Todavía te quedan de diez a catorce más... y los recorrerás por la noche.

Mabel se aterroró.

—¡Por la noche! —repitió.

—Sí. Anda, siéntate —sonrió él—. No es un lugar muy cómodo ni

precisamente silencioso, pero tampoco conviene que asomemos la nariz fuera del túnel antes de la hora.

Quedaban dos ramas. La que estaba encendida fue a parar al agua, en donde se apagó instantáneamente.

Mabel se sentó con la espalda apoyada contra el muro. Cothson lo hizo a su lado.

—¿Cómo se te ocurrió lo del camino en el túnel? —gritó, para hacerse oír del joven.

—Vi la cornisa me adentré unos cientos de metros. Cuando divisé la primera señal, comprendí que había un camino, eso es todo.

—¿Habrá también un camino para llegar hasta arriba?

—Una obra como ésta no queda nunca incompleta —respondió Cothson sentenciosamente.

Permanecieron allí el resto del día, hambrientos, sedientos, ya que no podían alcanzar el agua que corría a seis o siete metros bajo ellos, y pasando un frío intensísimo. Al atardecer, Cothson se puso en pie.

—Vamos —dijo—. Camina con cuidado. Ya no voy a encender ninguna antorcha.

Ella le siguió, con los miembros envarados. De pronto, tras un tiempo cuya duración no supo calcular, se encontró fuera del túnel.

CAPITULO XII

Mabel se dio cuenta de que habían salido debido a la distinta intensidad del ruido de las aguas. Ya había cerrado la noche y sus pupilas podían captar algo más la luz.

—No te separes de mí en ningún momento —recomendó Cothson.

La chica asintió. Cothson siguió andando. Mabel advirtió que la cornisa perdía su horizontalidad.

Cothson tanteó con la mano en el muro rocoso. La flecha grabada tenía una ligera inclinación hacia arriba.

En aquellos momentos, Dero Slur recibía un informe de uno de sus oficiales:

—Señor, no hemos encontrado rastro de los espías. En cambio, sí hemos hallado el cadáver de la coronel Velyssa. Estaba sepultada bajo un montón de rocas, al otro lado del túnel.

Slur se acarició la mandíbula.

—Consiguieron frenar la caída —dijo—. Alguien paró el interferidor y sus propulsores funcionaron de nuevo. No he podido averiguarlo, pero...

Miró al oficial.

—Ni el terrestre ni la chica estaban en la otra hondonada, ¿no es así?

—En efecto, señor...

Slur sonrió perversamente.

—Bien, ya me imagino dónde están. Se han escondido en el túnel, para aguardar a la noche.

—Eso es imposible, señor. No hay sitio...

—Ellos habrán encontrado algún hueco en la pared, sobre el nivel de las aguas del río. Pero lo que no recuerdan es que ese río podría llevar mucho más caudal, si no fuese por el embalse de Ohjinan.

—Es cierto, señor; y si se abriesen de repente las compuertas, el río aumentaría de nivel en una veintena de metros, por lo menos.

Slur volvió a sonreír.

—Esa es, precisamente, la orden que va a transmitir usted en el acto al director de la presa de Ohjinan —dijo.

El oficial saludó y salió de la estancia.

Innus entró, frotándose las manos suntuosamente.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—No, en cierto modo. Es de noche, de modo que no podremos presenciar un espectáculo maravilloso... Dime, Innus, ¿cuántos días le quedan de vida a nuestra amada soberana? Ahora ya puedes precisar.

—Diecinueve. Ya lo sabes, un kilo por día...

Slur soltó una risita.

—Diecinueve para ella. Veinte para los arcadianos. Todo concuerda, todo —dijo.

Entretanto, Cothson y Mabel seguían por el camino del fondo de la Gran Hondonada, cuyo nivel ascendía con relativa lentitud. De pronto, Mabel vio a Cothson parado delante de ella.

—¿Qué sucede, King?

—El camino se ha acabado —contestó él.

Mabel lanzó un gemido. Desandar lo andado y volverá caminar por el interior del túnel le ponía los pelos de punta.

Adelantó un paso más. Cothson tanteaba el muro con las manos.

—Ah, aquí hay otra flecha —exclamó el joven, satisfecho.

Mabel le vio estirar los brazos, asirse a algo e izarse a pulso. Luego oyó su voz:

—Dame las manos.

Ella obedeció. Inmediatamente se sintió levantada en el aire.

—Hay más camino aquí —dijo él.

De vez en cuando, tropezaban con una interrupción de la cornisa. Cothson subía en primer lugar y luego la levantaba a ella por las manos, como antes.

De repente, oyeron un distante trueno.

—¿Qué es eso? —exclamó Cothson.

El ruido crecía por momentos. Mabel comprendió súbitamente.

—¡El embalse de Ohjinan! ¡Han abierto todas las compuertas! —gritó a voz en cuello.

—Ven, corre...

Cothson tiró de ella. El ruido se hacía más intenso a cada segundo que transcurría.

Un chorro de viento helado les dio en la cara. Salvaron otro escalón más, pero Cothson no se sentía tranquilo todavía. Con riesgo de caer a las aguas, corrieron hasta alcanzar el siguiente peldaño, cuya altura no era inferior a los dos metros y medio.

Probablemente, en tiempos antiguos, pensó, había escaleras de mano, pero los años habrían destruido sus componentes. Ahora era preciso valerse de los propios medios para llegar a lo alto del siguiente escalón.

Repentinamente, vieron la ola gigante.

Era algo indescriptible, una pared de veinte o treinta metros de altura, que avanzaba con una velocidad fantástica. El ruido era semejante al de mil cañones disparando a la vez e incesantemente.

Cothson se tendió en el suelo y abrazó a la muchacha, para resistir la violentísima onda de aire que marchaba delante, empujada por el muro de líquido. Las primeras oleadas pasaron a menos de un metro de distancia, salpicándoles con sus espumas.

La avenida, cientos de millones de metros cúbicos de agua, disparados con la velocidad de un obús, chocó contra la pared del túnel con aterrador estruendo. El suelo trepidó incluso, como sacudido por un terremoto de poca intensidad.

Cothson calculó que la avenida había hecho subir las aguas del río a unos veinte o veinticinco metros más de lo normal. Al otro lado, por la boca opuesta del túnel, las aguas saldrían con una potencia que escapaba a toda descripción.

El viento se calmó un poco, pero Cothson comprendió que no era imposible que las aguas continuaran subiendo. En tal caso, su posición no tenía nada de buena.

—Sigamos, sigamos —exclamó.

Corrieron frenéticamente. Poco después, encontraron una escalera de peldaños normales, que zigzagueaba para ganar altura. Los peldaños y los descansillos habían sido tallados en el muro de roca.

Cothson miró hacia arriba. Los bordes de la hondonada, vistos desde unos tres mil setecientos metros de profundidad, eran sólo una línea algo más clara en la negrura de la noche.

Hizo un rápido cálculo. Luego, con amargo humorismo, formuló una pregunta a la chica.

—Mabel, ¿has subido tú alguna vez una escalera de dieciocho mil quinientos peldaños?

—No —se pasmó ella—. ¿Por qué lo dices?

—Es que... hay unos tres mil setecientos metros de distancia hasta el borde, y a cinco peldaños por metro...

Mabel se mareó. Cothson alargó la mano y asió su muñeca.

—Voy a darte un consejo para que subas más descansada —dijo.

—¿Qué consejo, King?

—No cuentes los peldaños.

* * *

Jamás había hecho Cothson un esfuerzo físico semejante. Al final, le pareció sentirse víctima de una pesadilla.

Mabel se dejó caer al suelo en uno de los rellanos, jurando que no podía dar un paso más. Cothson hizo un alto de media hora y luego, inclinándose sobre la chica, se la cargó a los hombros.

Casi amanecía cuando llegaron al borde de la hondonada. Cothson buscó refugio en unos arbustos, Mabel, agotada, se tendió en el suelo y cerró los ojos.

Ni siquiera se fijó dónde estaba. Cothson, también fatigadísimo, se puso a dormir.

El hambre y la sed los despertaron horas más tarde. Mabel se sentó en el suelo y miró a su alrededor con ojos extraviados.

—King, estamos al otro lado de la hondonada —exclamó.

—Ya lo sé —contestó él serenamente.

—No... no comprendo... La escalera estaba en el lado norte de la grieta...

—Al final, a unos quinientos metros de distancia, contorneaba la zona de unión de los dos bordes. Yo me di cuenta, pero como comprenderás no podía rectificar. No teníamos medios de pasar al borde que limita el astropuerto.

—Oh, entonces, hemos perdido el tiempo...

—Estamos vivos, que no es poco. Y si tienes memoria, recordarás que nos hallamos a menos de mil quinientos metros de la grieta donde alguien planeó sepultarme. Allí hay agua y comida.

—Es lo mejor que he oído en muchos días —exclamó Mabel—. ¿Vamos?

Después de incorporarse, echaron a andar, ocultándose entre la vegetación. Media hora más tarde, entraban en la cueva.

—Estas emociones van a acabar conmigo, King —dijo Mabel, después de haber calmado un tanto el hambre y la sed.

—Debieras pensar un poco en mí. Yo no estoy aquí de una forma precisamente voluntaria, Mabel.

—King, tú eres un hombre decente. No vas a permitir que unos desalmados abrasen a varios millones de personas.

—Ya estoy metido en el lío, de modo que no tengo otro remedio que seguir adelante —contestó Cothson, de no muy buen humor—. Pero las cosas se harán a mi modo y no como en la historieta.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó Mabel.

Cothson bebió un buen trago de vino.

—Secuestrar a Iryana —contestó.

Mabel respingó.

—¡Estás loco! —dijo.

—¿Cuántos días quedan para el funcionamiento de la espoleta de esa maldita bomba?

—No estoy segura, dieciocho o diecinueve... He perdido la cuenta,

con estas peripecias...

—¿Habrán arreglado ya la puerta espacial?

—Supongo que sí. Para ellos es el mejor medio de ir y venir, sin tener que recurrir a las astronaves.

—Es suficiente. Mabel, voy a dormir de nuevo.

—Pero, King...

—No protestes. A partir de ahora, se hará lo que yo disponga, tanto si te gusta como si no.

Mabel puso cara furiosa, pero cuando vio que el joven se tendía en el suelo y cerraba los ojos, se dijo que de nada serviría formular más objeciones.

No alcanzaba a suponerse siquiera cuál era el plan de Cothson, pero estaba segura de que lo llevaría a cabo, con o sin su anuencia.

Al hacerse de noche, Cothson, fresco y descansado, se puso en pie.

—Tienes que guiarme hasta el palacio de Iryana —dijo.

—Está lejos, King.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

Cothson echó a andar. Mabel, renqueando y todavía con las piernas llenas de agujetas, le siguió, dándose cuenta de que no podía oponerse a la voluntad del terrestre.

CAPITULO XIII

Iryana roncaba fuertemente, cuando algo la despertó de manera repentina.

—¿Eh? ¿Qué...?

Un puñal se apoyaba en su grueso cuello.

—Levántate, gorda —dijo Cothson.

Iryana se sentó en la cama, mirando al intruso con ojos desorbitados.

—¿Qué atrevimiento...?

—Iryana, una palabra más y te rebanaré ese cuello seboso. Vamos, arriba.

La mujer obedeció, con pesados movimientos. El camisón se subió un poco y Cothson contempló con pena sus piernas casi elefantiásicas.

—¿Cuánto pesas, Iryana? —preguntó.

—Ciento treinta y cinco kilos —contestó ella con acento lastimero.

—Y no adelgazas...

—Todo lo contrario. Gano un kilo cada día. Mi médico dice que es imposible que pueda perder peso...

—Se llama Innus, ¿no es cierto?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Una hermosa mujer, que se llamaba Velyssa, me dijo su nombre. Anda, vístete.

Iryana pasó al otro lado de un biombo. A los pocos momentos, salió, ataviada con un traje que le llegaba hasta el suelo.

—¿Adonde me llevas? —preguntó.

—Pronto lo sabrás... cuando hayas hecho acudir tu aeromóvil privado —respondió Cothson.

Ella parecía resignada. Salió del dormitorio, pasó a la sala y se

acercó a un videófono.

—Mi aeromóvil —pidió.

—Pero, señora, es demasiado temprano... —objetó alguien.

—Obedece, estúpido —gritó Iryana—. Tráelo junto a la terraza de mis habitaciones.

—Sí, señora.

El puñal seguía apoyándose en el costado derecho de la mujer, Iryana caminó hasta la terraza.

Cothson quedó escondido tras unas cortinas. A los pocos momentos se hizo visible el vehículo.

Un hombre se asomó por la escotilla.

—Baja —ordenó Iryana.

—Sí, señora.

El piloto saltó al suelo. Dio un par de pasos y entonces, surgiendo de las cortinas, un puño golpeó su mentón.

—Arriba, Iryana.

La mujer obedeció, con pesados movimientos. Cothson se sentó en el sitio del piloto y empuñó la palanca de mando.

Instantes después, el aeromóvil arrancaba a toda velocidad.

Amanecía ya. Iryana, en su asiento, permanecía muda, sin hacer el menor gesto.

Media hora más tarde, Cothson hizo descender el aparato en un lugar desierto. Tres hombres aparecieron de inmediato.

—¡Eh! —gritó uno de ellos—. ¿Qué hacen aquí? Estos son terrenos propiedad de la reina...

—Es que, verán, la reina viene conmigo —dijo Cothson plácidamente.

Los ojos de Ark se dilataron enormemente al reconocer a Cothson.

—Pero... nosotros te fusilamos...

—Tenéis una puntería pésima —rió el terrestre.

—Y un revólver a vuestras espaldas —sonó de pronto la voz de Mabel.

Ark, Eerk y Truim se sobresaltaron. Eerk volvió la cabeza un poco y divisó a la muchacha a cuatro pasos de distancia, empuñando un arma completamente terrestre, pero cuyos efectos conocían de sobra.

Iryana se apeó del aeromóvil. Cothson la empujó con suavidad hacia adelante.

—¿Dónde está la puerta espacial? —preguntó.

Ark señaló un punto en el suelo. En una longitud de poco más de un metro y una anchura de siete u ocho centímetros, la hierba aparecía mucho más corta que lo de los alrededores.

—Muy bien —dijo Cothson a continuación—. Os voy a dar algo para elegir: cruzar la puerta o un tiro en medio de la cabeza. ¿Cuál es la respuesta?

—Cruzaremos la puerta —contestó Ark resignadamente.

Mabel se apoderó de las pistolas de los tres sujetos, una de las cuales transfirió a Cothson. Las otras dos fueron a parar a lo lejos.

—Yo pasaré en primer lugar —dijo la chica.

Mabel dio unos pasos. Inmediatamente, desapareció de la vista de todos los presentes.

Ark, Eerk y Truim pasaron a continuación. Cothson e Iryana les siguieron sin vacilar.

* * *

—Este es el doctor Thomas —dijo Cothson horas más tarde—. Johnny, te presento a Iryana.

Los ojos del médico escrutaron detenidamente a la obesa mujer que tenía ante sí. Thomas era un hombre de unos cuarenta y dos años, de excelente apariencia y ojos penetrantes.

—Estás muy gorda —dijo con todo desparpajo.

—Salta a la vista, ¿no? —contestó Iryana de mal humor.

—Y el caso es que con setenta kilos menos de peso estarías estupenda. —Thomas se reclinó en su sillón—. Pero el tratamiento no será fácil, ciertamente.

Iryana adelantó el busto.

—¿Me vas a rebajar tú esos setenta kilos? —preguntó.

Thomas sonrió.

—Aunque sea cortando la grasa a rebanadas —contestó.

Cothson se puso en pie.

—Bien, Johnny, ahí te la dejo. Yo me marchó, tengo algo que hacer —se despidió.

—King es un buen amigo —dijo el doctor Tomas—. Antes de que tú y él vinierais a verme, me puso en antecedentes de lo que te pasa.

—Cúrame y... y te cubriré de diamantes —dijo Iryana con gran vehemencia.

Thomas se echó a reír.

—¿Diamantes? Pero, ¿queda alguno en Eweni?

* * *

Los ojos de Pedro Lial se iluminaron al ver a su cliente.

—¡Señor Cothson! —exclamó—. ¿Qué es lo que quiere beber?

Cothson miró fijamente al tabernero.

—Pedro, me has jugado una mala pasada —dijo.

—Bueno, señor Cothson, yo sólo quería...

—Ya me imagino lo que quería. Conque de Arcadia, ¿eh...?

—Sí, señor —suspiró.

—Las cosas no marchan bien —dijo el joven—. El satélite con la bomba sigue en su órbita. Sólo le quedan quince días.

—Horrible —murmuró el tabernero, mientras llenaba la copa de su cliente—. ¿No hay nada que hacer?

—Sí. Me vuelvo a Eweni.

—Suerte, señor Cothson. Si consigue evitarlo, Arcadia le levantará una estatua.

—Estás lleno de trucos —rió el joven—. De modo que la historieta

gráfica, ¿eh?

—Bueno, en algunas ocasiones, da buenos resultados. Recuerdo una pareja, se llaman Irving y Anita... Ya se han casado, ¿sabe? Lo que a ellos les ocurrió fue absolutamente real, aunque piensan que fue una especie de sugestión en común.

—Ya. Y lo mío, ¿qué?

—Auténtico, señor Cothson.

—¿Incluida Mabel?

—Sí. Es extraño. —Pedro frunció el ceño—. Esa chica... Parece como introducida a presión en la historia...

—Un elemento perturbador, vamos.

—Pero beneficioso para nosotros. Y no creo que usted pueda quejarse, precisamente.

Cothson sonrió con malicia.

—No, no me quejo. Lo único que pasa es que he decidido no seguir el guión de la historieta —manifestó.

—¿Por qué?

—¿Quién escribe esas historietas?

—Nosotros, claro. Mi amigo Red, sobre todo...

—¿Sabes dónde vive?

—Sí, claro.

—Anda, llámalo. Quiero hablar con él.

—Está bien.

Pedro obedeció. Cothson le vio hablar por aquel comunicador, que tenía forma de lápiz. Al terminar, Pedro se encaró con su cliente.

—Vendrá en seguida —dijo.

—Muy bien, Pedro. En cuanto entre, pon el cartelito de CERRADO.

—Sí, señor.

Red Kostros entró en la taberna. Pedro le saludó con aire intrascendente.

—Hola, Red. Ese es King Cothson.

—¿Cómo está, señor Cothson? —saludó Red.

Pedro bajaba ya las cortinillas de la puerta y de la ventana. Sentado en un taburete, Cothson miró con aire crítico a su visitante.

—Red tengo entendido que usted es el autor de la historia titulada *La bomba solar* —dijo.

—En efecto, señor Cothson. Una buena historia, ¿no es así?

—Para usted, habría resultado estupenda, si Mabel y yo, pero sobre todo ella, hubiéramos seguido sus episodios al pie de la letra. Pero en esa narración no se habla para nada de la muerte de la coronel Velyssa, por ejemplo.

—Usted debe de estar equivocado, señor Cothson —dijo Red.

—Nada de eso. Tuve el sentimiento de enterrar a Velyssa con mis propias manos y... ¿Recuerda el episodio de la travesía de la Gran Hondonada con propulsores individuales?

—Oh, perfectamente. Usted y la chica pasaron al otro lado...

—No, no pasamos. Caímos, pero nos salvamos de puro milagro.

Red se puso pálido.

Pedro espiaba sus reacciones atentamente.

—Esa historia estaba deliberadamente falseada —continuó Cothson, implacable—. Por ejemplo, no hablaba para nada del envenenamiento que la reina Iryana estaba sufriendo por seguir el régimen prescrito por un médico traidor, llamado Innus. En su historia, Innus hacía todo lo posible por curarla, ¿no es así?

—Y al final, conseguirá curar su obesidad...

—Sí, pero el médico que la sanará no se llama Innus, sino Thomas.

El cuerpo de Red se puso rígido. Sus ojos despidieron de súbito llamas de ira.

—Debieran haber seguido fielmente los episodios de la historia —dijo con voz ronca.

—Es que no soy una marioneta ni un personaje salido de la mente de un artista —contestó Cothson—. Pienso, razono y obtengo deducciones, entre ellas, como es lógico, la de que usted es un miembro adicto a Slur y no un agente del espionaje de Arcadia.

Red hizo un gesto con la mano. Entonces, Pedro le apuntó con un tubo, del que partió un rayo de luz intensísimo, dirigido a la cintura del sujeto.

Un instante después. Red no era más que un poco de humo que se disolvía en la atmósfera.

—Adiós, traidor —fue el epitafio que le dedicó Cothson.

CAPITULO XIV

Una hora más tarde, Cothson saltó del coche, abrió la puerta y entró en la casa.

Mabel respiró aliviada al verle.

—Creí que no llegarías nunca —dijo.

—La historieta estaba un tanto falseada. Ya te contaré —respondió él.

—Está bien. ¿Qué hacemos ahora, King?

—¿Dónde están esos tres pajarracos?

—Ahí —señaló la muchacha.

Cothson tomó la llave y abrió la puerta. Sentados en sendas sillas, a las que estaban amarrados sólidamente, se hallaban Ark, Eerk y Truim.

—Míralos —dijo Cothson—. Parecen gallinas mojadas.

Mabel sonrió levemente.

—¿Qué piensas hacer con ellos? —preguntó.

Cothson dudó un momento.

—Ark —dijo al cabo—, Ahora habéis llegado a la Tierra sin astronave, ¿no es así?

El interpelado asintió.

—En la ocasión anterior la necesitábamos —explicó—. Debíamos montar en este planeta el sector complementario de la puerta espacial.

—Una explicación muy lógica —aprobo el joven—. Eso significa que si se estropea una de las dos mitades de la puerta, ésta ya no se puede utilizar.

—No. Hay que reconstruirla de nuevo...

—Muy bien. —Cothson se hizo cargo del revólver que Mabel tenía en la mano—. Empieza a soltarlos.

—¿Nos devuelve a Eweni? —preguntó Truim ansiosamente.

Cothson miró a los tres sujetos. Eran como él, más o menos, jóvenes y ansiosos de vivir.

—No —respondió al cabo.

Ark y sus compañeros se abatieron más todavía.

—Si nos va a matar, ¿para qué nos desata? —se quejó Eerk.

—No seas tonto —le apostrofó Cothson—, ¿Crees que soy como Slur y sus amigos?

Los tres ewenitas quedaron libres al fin.

—Salid —ordenó Cothson—. Pero por la puerta que da a la Tierra.

Ark y los otros dos obedecieron mansamente.

—Os quedaréis aquí —dijo el joven—. El asunto depende ya de vosotros, claro. Pero las leyes terrestres no son precisamente blandas con los delincuentes. Esta es una advertencia que debéis tomar muy en serio. Y ahora, ¡largo!

Los tres ewenitas salieron de la casa, frente a la cual había parado un automóvil enteramente terrestre. De pronto, Ark se volvió hacia el joven.

—King —llamó.

—¿Sí, Ark?

—Pensábamos que nos iba a matar. Compréndalo, en cierto modo, nosotros somos como soldados y obedecíamos órdenes.

—Oh, claro.

—Pero había cosas que no nos gustaban. Personalmente, yo no estaba muy de acuerdo con lo que debíamos hacerle la primera vez que le secuestramos. Y cuando le fusilamos...

Cothson sonrió.

—Sí, ya sé, también cumplíais órdenes.

—Iryana nos lo ordenó. Ahora nos alegramos de que alguien cambiara nuestros proyectiles, aunque no se nos ocurre cómo pudo pasar.

—Yo no fui, desde luego, pero me lo imagino. ¿Qué más, Ark?

—La Tierra no es mal mundo para vivir. Le pagaremos el favor, King.

—¿De qué manera, Ark?

—A Velyssa le hicieron hablar... a fondo. La cuarta y la quinta nave tenían trampa. No sé si la tendrán todavía. Si vuelven allí, será mejor que no las utilicen.

—Es decir, Slur, por si acaso, preparó una trampa también para la nave número cinco.

—Sí. Ignoro si habrá desmontado las trampas. Por si acaso, será mejor que usen la nave número seis.

—¿No hay forma de saber si hay trampa?

Ark meneó la cabeza.

—Sería demasiado largo y costoso —respondió—. Además, apenas diera el primer contacto, la nave volaría por los aires.

—Pero puede hacer funcionar el contacto por medio del reloj de mando automático —añadió Eerk—. Ese reloj es eléctrico, aunque funciona por una batería propia, que no se conecta al resto de los generadores, sino cuando la nave ya está en vuelo.

—Creo que entiendo —sonrió Cothson—. La idea es buena. Gracias, muchachos.

—Suerte —dijo Truim.

El trío se alejó en el coche. Cothson agarró la mano de Mabel.

—¿Habrán sido sinceros? —dudó ella.

—Estoy por asegurar que sí —respondió el joven—. No obstante, tendremos ocasión de comprobarlo.

—¿Cuándo, King?

—Cuando pongamos en marcha los motores de la nave número seis. Si no explota...

Ella se estremeció.

—Tenemos que correr ese riesgo —dijo.

Cothson tiró de ella.

—Vamos a enfrentarnos con él —murmuró.

Abrió la otra puerta.

Era algo maravilloso. Al otro lado, se veía el esplendente panorama de la campiña ewenita.

Cruzaron el umbral. Un solo paso bastaba para situarles en un mundo que se hallaba a decenas de años luz de la Tierra.

—Da pena destruir un aparato tan maravilloso —suspiró Cothson.

—Hay una solución —dijo ella.

La puerta era visible cuando estaba abierta. Mabel agarró el pomo y tiró con fuerza, a la vez que lo hacía girar en sentido inverso.

Un segundo después, la puerta desaparecía. Ella enseñó el pomo.

—Es la llave que abre desde aquí —dijo—. Podemos utilizarla cuando queramos.

—Has tenido una idea magnífica y te la voy a premiar —rió el joven.

—¿Cómo? —preguntó Mabel.

Pero antes de que se percatase de las intenciones de Cothson, se sintió abrazada y besada con fuerza.

—Eh —protestó después—, esto tenía que ser al revés. Por triunfar, tú debías recibir un premio, no tomártelo...

—La historieta estaba falseada —rió Cothson alegremente—. ¿A que no figuraba esta escena en ninguno de sus grabados?

—No, sólo al final...

—Red creyó que su guión influiría de un modo absoluto en nuestra mente, pero olvidó que somos seres humanos, capaces de tomar nuestras decisiones en momentos críticos, independientemente de los planes que otros hayan podido hacer para nuestras acciones —respondió el joven, ahora mucho más serio.

—Sí, tienes razón —convino Mabel—. Bien, ¿qué hacemos, King?

Cothson contempló el panorama que se extendía ante ellos.

—De aquí al astropuerto hay toda una jornada de marcha —respondió—. Iremos a pie y llegaremos a la hora justa para hacer despegar la nave número seis.

—Ojalá lo consigamos hoy, King —deseó ella.

—¿Por qué lo dices?—La órbita hasta el satélite que contiene la bomba es de trece días y medio, y eso a máxima velocidad. Cuando alcancemos el satélite, sólo dispondremos de doce horas para desactivar la bomba.

* * *

La valla rodeaba la inmensa extensión del astropuerto, que ahora aparecía bajo la luz de seis de los nueve satélites de Eweni. Las naves, estacionadas en largas hileras, brillaban con reflejos metálicos.

Cothson y Mabel se acercaron a la valla. Cothson llevaba en las manos un diminuto soplete, en forma de pistola.

La boca del soplete llevaba un tubo tapallamas. Cothson presionó el disparador y una llama de fuego blanco, a 3.000°, fundió instantáneamente el primer barroto de la valla.

En menos de un minuto, abrió un boquete de unos sesenta centímetros de lado, a ras del suelo. Acto seguido, hizo pasar a la muchacha y luego la siguió él.

Caminaron agachados, en busca de la hilera de astronaves señalada por Velyssa. Cothson las contó. Al llegar a la quinta, se acercó a la escotilla.

En aquel momento, un oficial descubría el boquete. Inmediatamente, se puso en contacto por radio con Dero Slur.

—Señor, los espías han conseguido entrar —informó.

—Son tenaces —suspiró Slur.

—Y afortunados. Han sobrevivido a todo... —dijo Innus.

—No se preocupe, oficial —continuó Slur—. Deje que lleguen a la quinta nave. Ustedes apártense, no vayan a sufrir ningún daño. Pero no hagan nada que les permita concebir sospechas.

—Sí, señor.

Cothson y Mabel habían subido a la cabina de mandos de la nave

número cinco. Mabel señaló el reloj que hacía funcionar el contacto automáticamente, según el tiempo deseado por el piloto.

—Ahí lo tienes —dijo.

—Marca quince minutos —ordenó él—. Yo no conozco todavía bien los símbolos numéricos ewenitas.

La muchacha obedeció. Acto seguido, Cothson tiró de ella hacia la escotilla del lado opuesto.

—Aprisa —murmuró.

Saltaron al suelo. La sexta nave se hallaba a unos cien metros.

Corrieron agachados. Instantes después, se hallaban a bordo del aparato.

—Mabel, ocúpate del despegue.

—Sí, King.

No sin cierta aprensión, Mabel dio el contacto. Respiró aliviada al ver que no sucedía nada, aunque pensó que, en caso de haber ocurrido lo que temía, no habría tenido tiempo de enterarse.

Instantes después, la nave elevaba el vuelo. Desde la altura, Cothson vio el fogonazo que indicaba la explosión.

—¿Les habremos engañado? —preguntó.

Slur recibió el informe:

—La nave número cinco ha estallado, señor.

—Muy bien, perfecto. Gracias por todo, capitán.

—Gracias a usted por el ascenso, señor —contestó el teniente de guardia.

Slur se volvió hacia Innus.

—Tú mueves —dijo.

Jugaban al ajedrez cuatridimensional, con cuatro tableros y sesenta y cuatro figuras. Innus movió la tercera reina.

Slur se la comió con el segundo caballo.

—Hay algo que me preocupa, Innus —dijo.

—¿Sí, Dero?

—Iryana ha desaparecido. Se la llevaron secuestrada, pero apostaría algo a que ha sido una especie de truco, para buscar a alguien que la cure.

Innus lanzó una risita.

—El proceso de obesidad, o si lo prefieres con palabra más cruda, de engorde, es absolutamente irreversible —aseguró, tajante.

CAPITULO XV

—¿Cómo la curará el doctor Thomas? —preguntó Mabel trece días más tarde.

Cothson no contestó.

Estaba ante los mandos de la nave, realizando la maniobra más difícil del viaje: la aproximación al satélite que contenía la bomba, el cual era ya visible a ojo desnudo.

Era un inmenso artefacto, de forma cilíndrica, de unos tres kilómetros de diámetro por veinte de longitud, que brillaba en el espacio al reflejar los rayos del sol de Arcadia, en aquellos momentos a ciento cuarenta y siete millones de kilómetros de distancia. Cothson se estremeció al pensar, más que en las sumas ingentes de dinero que había costado el infernal artefacto, en el trabajo empleado en algo tan pavorosamente destructor.

Mabel había hecho una pregunta acerca de Iryana, pero al observar que Cothson guardaba silencio, decidió no molestarle. Al fin, Cothson consiguió situar la nave debajo de una de los accesos del satélite.

—¿Cuánto nos queda? —preguntó él.

—Once horas y cuarenta y dos minutos —respondió la muchacha.

—Encárgate de controlar el tiempo.

—Sí, King.

La nave disponía de tubo de empalme, por medio del cual pudieron pasar al interior del satélite. Cothson se sintió acomplejado al contemplar el inmenso entramado de viguetas de hierro que se alzaba sobre sus cabezas.

—Ahora tenemos que buscar el corazón de la bomba —dijo.

—Si tenemos que subir tantas escaleras como en la Gran Hondonada... Cada vez que lo recuerdo me pongo enferma —sonrió Mabel.

A pocos cientos de metros, divisaron una especie de receptáculo de colosales dimensiones.

—Ahí están los diamantes —indicó ella—. Diez kilómetros cúbicos. ¿Te imaginas?

—Treinta y cinco mil millones de toneladas de carbono puro —dijo Cothson sin pestañear—. Suficientes para alterar el equilibrio nuclear del sol de Arcadia y convertirlo en una estrella nova.

—¿Has dicho...?

—Ya lo has oído. La densidad del diamante, con respecto al agua, es de tres coma cincuenta y dos, lo que significa que un centímetro cúbico de diamante pesa poco más de tres gramos y medio. Un metro cúbico de agua equivale a una tonelada de peso: un metro cúbico de diamantes pesarán, por tanto, tres mil quinientos veinte kilos. Ahora, multiplica por diez kilómetros cúbicos...

—No sigas, me mareo —gimió ella.

Continuaron el ascenso. Cothson había llevado consigo algo de comida. Hicieron un alto, descansaron y tomaron unos bocadillos.

Luego prosiguieron. Tres horas más tarde, tremendamente fatigados, Mabel señaló una puerta:

—¡Ahí!

Cothson sabía que comprendía el ewenita, porque era más bien una cuestión psíquica, pero no había logrado aprender del todo los símbolos del alfabeto de dicho idioma. Mabel tradujo la inscripción que había sobre la puerta:

—Cuarto de control manual.

—Muy bien. Abre.

—Está cerrado con llave —dijo Mabel después de un par de intentos.

—Ya me suponía algo por el estilo.

Pero Cothson no estaba desprevenido. Con el soplete, fundió la cerradura y el paso quedó franco.

Mabel corrió hacia los controles y los estudió atentamente

—King, dentro de siete horas se dispararán los cohetes que pondrán la bomba en órbita definitiva hacia el sol de Arcadia —informó a poco.

—Automáticamente, supongo.

—Sí, si antes no se desconecta el mecanismo de disparo.

—Bien, y, dime, ¿dónde está?

La mano de Mabel señaló una puertecita de hierro.

—Ahí, al otro lado —dijo.

Cothson contempló la puertecita. De pronto, rompió a reír estruendosamente.

Era una risa homérica, incontenible, de atronadoras carcajadas. Mabel creyó que Cothson había perdido el juicio.

—Pero, ¿qué te pasa? King, ¿crees que se puede tomar esto a broma? —gritó, muy furiosa.

Las lágrimas causadas por la hilaridad bañaban el rostro de Cothson. Al cabo de unos momentos, consiguió tranquilizarse.

—Perdóname... No he podido contenerme... Hip...

Cothson fue acometido ahora por un violento ataque de hipo. Mabel sentía ganas de emprenderla a bofetadas con su acompañante.

—Trae la bolsa de la comida... Hay... hip... un frasquito de coñac...

—Eso, ahora te vas a emborrachar...

—No... hip, mujer... Un par de tragos me... hip... curarán este ataque de hip... Ha sido la risa, ¿sabes?

Cothson se había sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la puerta donde se hallaban los mecanismos de control. Mabel no sabía ya qué pensar.

—De modo —dijo él, casi un cuarto de hora más tarde—, que si no se desconecta el mecanismo automático, los cohetes se dispararán a la hora marcada y la bomba emprenderá el viaje hacia el sol de Arcadia.

—Sí. Ese viaje durará poco menos de veinticuatro horas. Los motores del satélite son de una potencia incalculable y... Pero no podremos abrir la puerta. Si se intenta por la violencia, los cohetes entrarían en funcionamiento instantáneamente.

—Sí, claro, me imagino que algo de eso debe ocurrir. Pero es que ahora ya sé por qué viniste a buscarme.

—Bueno, eres ingeniero energético y me pareciste el más adecuado...

—La historieta estaba falseada en determinados puntos, aunque no del todo en el final. Debíamos intentar llegar aquí y fracasar, pero salvamos todos los obstáculos. Y yo no estoy aquí por ser ingeniero energético, sino porque sé abrir sin violencia la puerta de controles.

—¿Es posible? —gritó ella.

Cothson señaló la puerta.

—El que la instaló, pensó que debía poner unos mecanismos de apertura y cierre que no fuesen conocidos en Eweni. Por tanto, como disponía de agentes en la Tierra, hizo comprar allí una caja fuerte especial... ¡del mismo tamaño y marca que la que contenía las esmeraldas de Edna Harlan!

* * *

Slur consultó su reloj. Innus le contemplaba ávidamente.

—Bueno, el satélite ya está en marcha hacia Arcadia —dijo el primero—. Lástima que los arcadianos no quisieran ceder a nuestras demandas. Pero no importa; cuando en otros planetas se sepa lo ocurrido, no querrán correr la misma suerte que Arcadia.

—Costará mucho disponer de otro satélite —alegó Innus.

—Empezaremos de inmediato. Precisamente, hoy he recibido noticias acerca de un nuevo yacimiento de diamantes...

—Que serán destinados a usos industriales —sonó de pronto una voz.

Slur e Innus se volvieron al mismo tiempo.—¡El espía! —gritó Slur.

Cothson ejecutó una reverencia de estilo antiguo.

—A vuestras órdenes, mi señor —dijo burlonamente.

Innus se puso a temblar.

—Este hombre es indestructible... —gimió.

—No. Tengo imaginación e iniciativa —puntualizó Cothson—. Las historietas pueden condicionar una mente humana, es cierto, pero cuando uno se resiste a seguir puntualmente el guión, entonces desarrolla otro esquema en la acción y en los episodios. Yo lo hice así

y por eso he destruido vuestros ambiciosos planes.

—¡Arcadia va a ser convertido en cenizas! —gritó Slur.

Cothson sonreía. Mabel apareció tras él.

—El satélite ha tomado otra órbita —dijo la chica.

—No, no, eso es imposible... Nadie podía forzar la puerta de la caja de control...

—Slur, tú hiciste comprar esa caja en la Tierra, ¿no es así? —dijo Cothson.

—Sí. Era lo mejor. Nadie sabría jamás cómo abrirla, si no se conocía previamente la combinación.

—Y, seguramente, Ark y sus amigos fueron los que compraron esa caja fuerte.

—Exacto. Son unos buenos servidores...

—Ahora piensan de otro modo, aunque eso no tiene importancia por el momento —dijo Cothson.

Innus entornó los ojos.

—¿Cómo escaparon a la explosión? —preguntó—. El oficial de guardia nos informó que la nave número cinco había explotado...

—Resulta que hay algunos ewenitas que no están conformes con los planes de dos miserables traidores y que, a pesar de todo, siguen siendo fieles a su reina Iryana.

—Ella ha muerto ya —exclamó Innus.

—Está viva y se recobrará de su dolencia. También esa parte de la historia se ha podido corregir.

Innus se tambaleó.

—¡Estamos perdidos, Dero! —gimió.

—Cállate, imbécil, todavía no nos han derrotado —barbotó Slur.

—Estáis derrotados por completo. Slur, tu error fue comprar la caja fuerte en la Tierra.

Slur se irguió.

—¿Por qué iba a cometer un error semejante? Nadie más que yo conoce la combinación de apertura...

—Temo que la historieta de La bomba solar no tiene completos todos los antecedentes del caso. Hace tiempo, yo compré una caja fuerte análoga y aprendí a abrirla sin necesidad de llave ni de conocer la combinación. Tenía una cuentecita que saldar con una gorda y desaprensiva señora y creí del caso hacerlo en las mejores condiciones posibles.

»Esa mujer tenía en su caja fuerte unas joyas, las cuales yo destruí, no por simple espíritu de venganza, sino para darle una lección. Estuve entrenándome casi seis meses con una caja análoga, así que cuando llegó el momento, pude abrir y cerrar la de la señora Harlan con la mayor facilidad del mundo... y lo hice en dos ocasiones, dos noches consecutivas. ¿Lo comprenden ahora?

Slur e Innus parecían abrumados.

Implacable, Cothson prosiguió:

—Por tanto, abrí la caja de mandos del satélite y desconecté el mando de disparo automático. Luego, en la sala de control principal, calculamos una nueva órbita e hicimos funcionar los mandos direccionales de los controles de propulsión. Volvimos a la caja fuerte y pusimos el automático de disparo en posición de funcionar después de nuestra partida.

»Lo cual significa que dentro de algún tiempo, ese satélite, con sus treinta y cinco mil millones de toneladas de diamantes a bordo, se estrellará contra algún planeta deshabitado, en el que no causará el menor daño a las personas.

CAPITULO XVI

Un profundo silencio gravitó sobre la estancia, después de las últimas palabras de Cothson.

De pronto, Innus lanzó un chillido:

—¡Pero Iryana morirá! Su proceso de obesidad es irreversible. La grasa ahogará su corazón...

Cothson sonrió de un modo extraño.

—Iryana tenía cierta tendencia al aumento de peso, que podía corregirse fácilmente con un tratamiento adecuado. Lo que sucede es que tú le aplicaste el tratamiento opuesto y la hiciste engordar monstruosamente. A nadie le extrañaría que un día muriese... de gorda, ¿verdad?

—Tú la has secuestrado —acusó Slur.

—Siempre la teníais bajo vigilancia, incluso cuando fui a verla por primera vez y ella ordenó que me fusilaran. Pero ya había cambiado los proyectiles de las armas de mis ejecutores. Iryana empezaba a no estar de acuerdo con vuestros planes; lo que pasa es que no se atrevía a expresarse de un modo claro, temerosa de morir de una manera violenta.

»El secuestro fue planeado de acuerdo con ella. Ahora está en la Tierra, sometida a tratamiento. Y será muy rápido; puede que a estas horas, incluso, haya recobrado su figura normal, quiero decir el peso que tenía antes de que dos traidores decidieran eliminarla.

—Eso es absurdo. En dos semanas no se pueden quitar setenta kilos del cuerpo de una persona...

Cothson ignoró el alegato de Innus.

—Olvidas que todo este asunto procede de historietas elaboradas para condicionar la mente de las personas. Pero hay dos clases de historietas: las que pretenden hacer el daño y las que benefician a sus protagonistas. En estos momentos, Iryana está siendo protagonista de una historia en la que una máquina del tiempo tiene un papel primordial.

Slur lanzó un rugido de ira:

—¡No!

—Sí. Ella ha retrocedido a la época en que un médico traidor iba a iniciar un tratamiento asesino. Por tanto, ahora anda por los sesenta y cinco o setenta kilos de peso, pero todavía le sobran unos cuantos, por lo que ya hay alguien que se está ocupando de esa pequeña cura de adelgazamiento. Y con mucho gusto, creo, porque Iryana no es fea del todo y él es soltero.

Los ojos de Slur despedían fulgores de odio.

—Esta historia no ha llegado todavía al final —dijo—. Tendrá un final distinto del ideado... ¡y nada beneficioso para vosotros dos!

Mientras hablaba, Slur se acercaba a una mesa sobre la que había un tubo de metal, cuyo funcionamiento había visto Cothson ya en una ocasión. De pronto, alargó la mano y cogió el tubo.

El revólver de Cothson vomitó dos detonaciones muy juntas. Slur se contorsionó, con la cara deformada por el dolor.

Durante un segundo, permaneció inmóvil, con la mano izquierda crispada sobre el pecho, sin soltar el tubo de energía. De pronto, empezó a girar lentamente hacia su izquierda.

Una convulsión sacudió su cuerpo. El tubo despidió de repente un rayo de luz blanquísima, que alcanzó de lleno a Innus.

El médico traidor no tuvo tiempo de gritar siquiera. Slur soltó el tubo y rodó al suelo.

Cothson se le acercó lentamente, sin dejar de apuntarle con el arma. Slur le miraba con pupilas ya vidriadas.

—No me ha gustado lo que he hecho —dijo el joven—. Pero cuando hice fuego, pensé en una mujer a la que arrojaste de una patada a la Gran Hondonada. Tuve que enterrarla, ¿sabes?

De pronto, Slur se estremeció. Dobló la cabeza a un lado y se quedó inmóvil.

Ya no quedaba el menor rastro de Innus, convertido en humo. Cothson suspiró y se acercó a Mabel, cuya cintura rodeó posesivamente con un brazo.

—Creo que debemos irnos —dijo.

—¿Volvemos a la Tierra?

—Hay una puerta espacial. Tú tienes la llave, creo.

—Sí, King.

Al salir del edificio subieron a un aeromóvil.

Amanecía ya.

—Un nuevo día —dijo Cothson, a la vez que daba el contacto.

—Arcadia no se convertirá en cenizas cósmicas —dijo Mabel.

—Gracias a una ewenita, por supuesto.

Mabel saltó en su asiento.

—¿Cómo lo supiste? —exclamó.

Cothson sonrió maliciosamente.

—No te portabas precisamente como una arcadiana —dijo—. Pedro Lial me explicó la diferencia entre los dos idiomas. Y tú, en un principio, supiste muy bien cómo manejar el aeromóvil del granjero... suponiendo que perteneciese realmente a un granjero. ¿Eras agente de Iryana?

Ella, ruborizada, asintió.

—Su hermana menor —contestó.

Cothson lanzó un silbido.

—Hay... ¿cuántos años de diferencia? —preguntó.

—Yo voy a cumplir veinticuatro. Ella está en camino de los treinta y nueve. No le gustaba la idea de abrazar a Arcadia, aunque he de admitir que no habría hecho ascos a su conquista por otros medios. Pero yo logré disuadirla.

—Y te envió a la Tierra.

—Sí. Iryana conocía todos los planes, excepto el de morir de gorda, debido a que manifestaba un gran entusiasmo por la idea de la conquista de Arcadia. Naturalmente, Slur e Innus la tenían al corriente de todo, hasta que empezaron a sospechar, al ver que las cosas no salían como ellos deseaban.

Cothson suspiró.

—Bien, tendré que casarme con una ewenita —dijo—. Si no tienes

inconveniente... ¿o hay que pedir permiso a tu hermana?

Mabel rió alegremente.

—Lo concederá de buena gana —contestó.

—Es que, si no, tendría que hacer como Irving con el padre de Anita. ¿Recuerdas esa historia?

—Sí, desde luego. Pero no será necesario que te tomes las cosas por la tremenda. Iryana nos dará permiso para casarnos.

* * *

La mujer, embutida en un traje completamente estanco, corría a paso gimnástico por el parque, seguida de un hombre que, montado en una bicicleta, pedaleaba a su lado.

—Me canso... —jadeó Iryana.

—Sigue, sigue —dijo Thomas, implacable—. Aún te quedan mil metros.

Iryana sudaba a chorros. Thomas, con toda tranquilidad, le daba a los pedales, mientras sostenía con los dientes un grueso cigarro.

—Do... doctor... ¿qué viene después? —preguntó Iryana.

—Ducha, masaje y comida.

—¡Comida! —gritó ella.

—Sí: ensalada y media chuleta asada, con un par de naranjas de postre.

—Es poco. Tú te comerás una pierna de cordero...

—Es que yo no necesito adelgazar —contestó Thomas cínicamente.

Un poco más adelante, una pareja salió al encuentro de la enferma y su médico. Iryana se detuvo.

—Estoy fundiéndome en sudor —dijo.

—¿Cuánto pesas? —preguntó Mabel.

—Sesenta y uno...

—Le sobran tres kilos todavía —dijo Thomas, implacable—. Cuando los haya perdido, me casaré con ella. Vamos, al gimnasio.

El gimnasio estaba en la propia casa de Thomas. Mientras un par de masajistas atendían a Iryana, Thomas, con el cigarro entre los dedos de la mano izquierda y una jarra de cerveza en la otra, contemplaba la operación con aire crítico.

—Johnny, no parece que tú prediques con el ejemplo —comentó Cothson riendo.

—Me gusta la cerveza y los cigarros —respondió el médico—. Y no me engorda la una ni me perjudican los otros.

—Ya, ya veo. Iryana, ¿sabes el final de la historia? —preguntó.

Tendida boca abajo, en la mesa de masaje, Iryana contestó:

—Como esto siga mucho tiempo, va a ser el final de mi historia particular, por desaparición física, convertida en agua.

—No te quejes. Ahora, además de médico, tendrás marido. Mabel, vámonos —dijo el joven.

—¿Adonde? —preguntó ella.

—A ver a Pedro. Tengo ganas de tomar una copa en El Trago de la Aventura. Además, hemos de darle las gracias por la historieta que hizo crear para solucionar el problema de la obesidad de tu hermana.

—No es mala idea —convino Mabel.

Salieron a la calle. Mabel levantó la vista al cielo.

—King, lo que nos sucede ahora, ¿es real o somos protagonistas de otra historieta? —preguntó.

El brazo de Cothson rodeó sus hombros.

—Somos protagonistas de nuestra propia historia y la moldearemos de acuerdo con nuestras conveniencias —contestó.

F I N

la conquista del **ESPACIO**

Una
ventana
abierta al futuro
gracias al talento
de unos autores
de excepcio-
nal calidad

LA MEJOR COLECCION POPULAR DE
"CIENCIA-FICCION"

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.